

S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

FUEGO MORTAL



W. SAMPAS

FUEGO MORTAL



Fuego mortal

por

W. Sampas



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51-53

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1960

Depósito legal: B. 12.910 - 1960

Número de Registro: 5.017 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

NOTA PRELIMINAR

Es ésta una vieja historia de la SIP; en los archivos del Servicio se guarda casi como una reliquia, junto a las Actas de Constitución y los primeros documentos oficiales de la Spacial International Police.

Por entonces sólo había en un edificio en lo que hoy es la inmensa "Central» de Washington, sin contar todas las «sucursales» que, a lo largo y ancho del mundo, se han ido creando, a medida que las necesidades lo exigían. En aquel único edificio se amontonaban todos los servicios, y la última planta, la tercera, estaba íntegramente dedicada a Escuela, donde se estaba formando la primera promoción de agentes...

Agobiado por el trabajo de todas clases que se le echaba encima, Donald Callowan, el creador de la SIP, se las arregló para dejar sobre las espaldas del doctor Pat Sullivan el peso de lo administrativo y técnico al mismo tiempo, reservándose para él, hasta que la primera promoción saliese de las aulas, el trabajo activo, la lucha contra el crimen.

Eran tiempos difíciles, ya que los policías locales no conocían aún la existencia de la SIP, que, curiosamente, estaba sólo formada por la persona de Callowan, único agente y director al mismo tiempo.

Viajando de un lado para otro, Donald intentó lo imposible: estar, al mismo tiempo, en todas partes. No lo consiguió, como cabía esperar, pero logró algo muchísimo más hermoso: hacer que las siglas SIP se conociesen y que la gente empezase a respetarlas.

Tuvo que luchar contra todo, con el arma en la mano, como luego lo harían sus agentes.

Por aquel entonces, Callowan eran joven, fuerte, estaba lleno de entusiasmo y peleaba sin descanso, empujado por una fe inquebrantable en el triunfo de la Ley.

No existían en aquellos momentos los poderosos métodos que hoy hacen de la Spacial International Police una organización policíaca casi perfecta. Tiempos gloriosos, Donald debía luchar casi siempre en

inferioridad, él solo contra todos.

Y eso fue lo que ocurrió durante los principios de actuación de la SIP. Un caso que, como dijimos antes, forma la parte más importante de los archivos del Servicio:

«El caso de la Banda de los Pirógenos»⁽¹⁾.

FUEGO MORTAL



CAPÍTULO PRIMERO



ESDE la caja de cristal que constituía su despacho, dominando el resto del almacén. Robert Warren podía obtener una amplia y completa visión de los doscientos metros cuadrados en los que se movían los dependientes y un público afortunadamente cada vez más

numeroso, atraído por las telas, directamente importadas de la Tierra y de las que Warren tenía la exclusiva.

A los cincuenta años, y tras casi treinta de lucha comercial, Robert podía permitirse una sonrisa de satisfacción que en aquellos momentos asomaba su rostro bonachón. Desde la fundación de New City, capital de Marte, habíase lanzado a una noble lucha comercial, que le llevó, si no a la cumbre, por lo menos a ocupar una posición privilegiada.

Y no era extraño que la gente acudiese a su almacén situado en una de las más céntricas vías de la ciudad. Warren había sabido presentar allí, de una manera tan atractiva como agradable, las últimas conquistas en tejidos sintéticos, con un colorido verdaderamente fantástico y capaz de despertar la admiración de la población de New City.

En aquellos momentos, seis de la tarde — y faltando sólo una hora para el cierre del comercio —, un público denso pululaba en la amplia tienda, yendo de un lado para otro, admirando todo y deteniéndose, con una encantadora frecuencia, para adquirir esto o aquello.

Apoyado en la pared de cristal «univisor», siendo invisible para el exterior, Warren gozaba, valiéndose de tal artificio, de un espectáculo que no hubiera cambiado por ningún otro.

Y no se trataba solamente de la satisfacción que podría procurarle una venta cada vez más importante —que le proporcionaba óptimas ganancias—, sino que, como comerciante nato, sacaba la lógica conclusión de un triunfo costosamente conseguido. Lo que le hacía sonreír al pensar que sus esfuerzos y desvelos no habían sido baldíos.

Cuando el timbre del interfono sonó a su espalda, Robert se volvió despacio, como si le costase apartarse de la contemplación de aquel ir y venir en su importante tienda.

Acercóse a la imponente mesa de despacho y pulsó la palanca.

— ¿Diga?

La voz de la señorita secretaria, encargada al mismo tiempo de la sección de información, sonó agradablemente en el altavoz:

—Una visita, señor Warren. Dice que es urgente.

Robert preguntó:

— ¿A estas horas? ¿De qué se trata?

—No ha querido decirme el motivo de la visita, señor.

— ¿Quién es?

—Dice llamarse Miller, señor.

Robert frunció el entrecejo.

— ¿Miller? No recuerdo a ningún representante de ese nombre; además...

Estuvo a punto de decir que no le molestasen, ya que tenía sus días especiales para, recibir a los representantes; pero, recordando la buena marcha de los negocios y la visión de lo que acababa de gozar, se sintió condescendiente.

—Hágale subir, señorita; voy a recibirle.

—Bien, señor.

Robert encendió un cigarrillo, esperando la visita anunciada, que no tardó en aparecer.

Era un hombre joven, alto, muy bien vestido, pero cuya sonrisa no agradó mucho a Robert, que la encontró un tanto cínica.

— ¿Señor Warren? —inquirió el desconocido, alargando la mano al hombre de negocios.

—El mismo, señor Miller.

Hizo un gesto, invitando al recién llegado a que ocupase uno de los asientos funcionales del despacho.

Dejóse el otro caer, aceptando, con una sonrisa, el cigarrillo que Warren le ofrecía.

—Usted dirá, señor Miller — dijo Warren,

Miller lanzó una bocanada de humo azul hacia el techo, sin dejar de sonreír.

—Se trata, de un seguro, señor Warren.

Robert torció el gesto.

— Lo lamento — repuso —. Tengo mi negocio cubierto de todo riesgo.

—Lo suponía; pero, no obstante, nuestro seguro puede liberarle de las costosas primas que está pagando actualmente.

—Estoy contento con las casas de Seguros a las que estoy afiliado, señor Miller. Y na pienso, ni remotamente, cambiar de aseguradores.

—Nuestra modalidad son los incendios — dijo el otro, haciendo caso omiso de lo que acababa de escuchar —. Y he decirle que la atmósfera marciana parece haberse enriquecido de ciertos elementos que facilitarían esos desastres. ¿Lo ignoraba?

— Llevo diez años en Marte, amigo mío, y jamás oí hablar de eso.

— Sin embargo, es cierto, señor Warren: el peligro es mayor cada día y estoy seguro de que sus pólizas actuales no le cubren en

absoluto.

— Se equivoca: estoy cubierto, como le he dicho antes, a todo riesgo y ampliamente.

— ¿Incluso contra la posibilidad de que sus telas puedan causar víctimas entre los que las compran?

El comerciante enarcó las cejas.

— ¿Qué quiere usted decir?

—Antes le he hablado de ciertas modificaciones en la atmósfera marciana.

— ¿Y qué tiene que ver eso con la calidad de los tejidos que se venden en mi establecimiento?

—Pueden existir ciertas circunstancias...

Robert, que miraba detenidamente a Miller, estaba llegando a la conclusión de que había cometido el error de recibir a un desequilibrado. Pensando que lo mejor era deshacerse de él de la forma más diplomática del mundo.

—Bueno, suponiendo que admita ese nuevo seguro... ¿qué va a costarme?

—Mil créditos diarios.

¡Ahora sí que estaba seguro de tener frente a él a un demente!

—Estudiaré ese asunto. Comprenderá usted que una cifra así ha de considerarse con toda atención — dijo Robert con amabilidad bien fingida.

—Desde luego.

—Si quiere dejarme su dirección...

—Es inútil. Volveré el sábado y firmaremos la póliza.

Aquella seguridad hizo que Robert, sin poderlo evitar, se estremeciese; pero, recordando que estaba hablando con un loco, hizo cuanto pudo por demostrar una serenidad absoluta.

—Muy bien. Le espero el sábado.

Se levantó el joven con aquella desagradable sonrisa.

Y Robert volvió a estrechar la mano de Miller con una repugnancia que logró milagrosamente disimular, al menos en apariencia,

— ¡Hasta el sábado, señor Warren!

—Adiós.

Nada más salió el visitante, Robert se precipitó al interfono.

—Señorita...

— ¿Diga?

—Fíjese bien en ese tipo que baja ahora... el famoso señor Miller.

—Sí, señor.

— ¡Y grábese bien su rostro! No quiero que vuelva a molestarme más.

—Bien, así lo haré.

Robert bajó la palanca, yendo junto a la pared de cristal para seguir mirando a sus clientes y olvidar, sobre todo, la desagradable visita que acababa de recibir.

Mientras, Miller se dejaba llevar por la rampa descendente que, desde el despacho aéreo de Warren, le llevaba a la planta. Una vez allí dirigióse hacia la salida, deteniéndose, no obstante, junto a la ventanilla de información.

—Adiós, preciosa...—dijo mirando descaradamente a la muchacha, que, siguiendo las instrucciones de su jefe, se había asomado a la ventanilla.

Ella se sonrojó, pero logró dominarse.

—Adiós, señor Miller.

Él la miró descaradamente.

—Hasta el sábado, encanto... Y no haga mucho caso de lo que le ha dicho el viejo. Será él quien reclame mi presencia cuando vuelva. Eso de que no va a recibirme nunca más es un cuento que se ha inventado... Tú y yo, pequeña, vamos a ser muy buenos amigos— dijo finalmente con voz melosa.

Y se alejó, seguro de sí mismo, volviéndose, al llegar junto a la puerta, para lanzar una última mirada, acompañada de un guiño, a la joven, que le observaba asombrada.

* * *

—Ahí está Warren...

Robinson se movió ligeramente en el cómodo sofá, de forma que pudiera ver al hombre que su amigo Smith había anunciado y que avanzaba, desde la puerta del salón, sobre la gruesa alfombra que cubría éste.

— ¡Buenas noches, amigos! —saludó al llegar junto a los otros dos.

Se sentó en el sillón, suspirando como si llegase sin aliento; pero, en realidad lo que deseaba era provocar la pregunta de siempre, que esta vez formuló Smith:

— ¿Qué tal hoy, Robert?

Warren exclamó:

— ¡Magnífico! Cerca de once mil créditos en caja,

—No está mal.

Warren sonrió complacido.

— ¿Y vosotros? —inquirió.

—Bien — dijo Smith—. Mi negocio va marchando, aunque espero que el turismo este año recuerde que no sólo se deben visitar los desiertos de Marte, sino que también han de pasarse algunas noches en mi Sala de Fiestas.

— ¡Desde luego que lo lograrás! ¿Y tus televisores, Irwing?

Irwing era el tercero de los amigos, gordo, macizo, con el rostro rojizo y los cabellos escasos.

—Muy bien. Este año venderé casi el doble que el anterior.

— No podemos quejarnos — resumió Warren —; las cosas no marchan mal del todo...

Y tras una pausa añadió:

— ¿No ha venido Parson aún?

—No, pero no deberá tardar mucho. Ya sabes que no suele faltar ninguna noche al Club.

Sonrió Smith.

—No sé por qué demonios no nos reunimos en mi Sala de Fiestas: os divertiríais mucho más que en este cementerio.

—Ya sabes que vamos a menudo al «Salón Smith»— repuso Robinson —, pero por nada del mundo dejaría de venir hoy aquí. Hace ya cerca de diez años que pasamos juntos una hora en este lugar. Y, además, tu «cabaret» no es sitio donde se pueda hablar con la tranquilidad que lo hacemos aquí.

— ¡Banda de aburridos!

—Quizá tengas razón, pero ya no tenemos veinte años, Louis; no lo olvides.

Smith dijo:

— ¿Es que crees que mis clientes son niños, Irwing?

—Todo lo que quieras. Ya tendremos ocasiones para celebrar algo allí. Mira, llega nuestro intelectual...

Un hombre de unos cuarenta años, de cabeza con rasgos acusados, nariz prominente y cabellos rojizos se acercaba, en efecto.

Era Anthony E. Parson, el director del «Planeta Mirror», el periódico más importante de la ciudad.

Hizo al llegar un vago gesto de saludo, sentándose después en un sillón que arrastró desde una mesa vecina.

— ¿Repasando las ganancias del día, amigos capitalistas? —
inquirió con una sonrisa.

—En efecto. Y como sólo tú faltabas, te toca anunciar el color de
tu negocio. ¿Cómo va el periódico?

—Así, así... Ya os he dicho mil veces que la gente se vuelve más y
más analfabeta. ¡Prefieren que les den todo digerido en la maldita
Televisión! Si siguen así las cosas, olvidarán que hay algo que se
llaman letras y que se lee.

Irwing Robinson sonrió.

— ¡Empiezas el ataque muy pronto, amigo mío! La Televisión
no hace analfabeta a la gente...

— ¡Eso crees tú!

—Y tú también. Hay once horas a la semana de cultura e
información intelectual, científica y artística.

— ¿Y cuántas horas de embrutecimiento colectivo? ¿Cuántas
horas de propaganda, de orientación comercial de la más baja estofa y
de cosas parecidas?

Robinson se encogió de hombros.

—Después de todo — dijo —, yo no vendo más que aparatos. Ni
soy dueño de ninguna emisora, ni tengo la responsabilidad de los
programas.

—Es indigno — siguió diciendo el periodista, como si no hubiese
oído la justificación de su amigo, que, por otra parte, era obvia —.
Procuramos estar a la altura de nuestra civilización, damos a los
lectores cuanto podemos..., pero ellos prefieren plantarse ante las
pantallas y digerir las estupideces de los programas comerciales.

— ¿Es que ha bajado tanto la venta del «Planeta Mirror»,
Anthony? —intervino Warren.

—No es eso.

—Yo estoy dispuesto a duplicar mi página de anuncios.

—Y yo...

—Yo también...

Parson les miró, sonriente, y dijo a continuación:—Gracias,
amigos; pero no se trata de eso. Quizá si cazáramos alguna noticia en
exclusiva, algo verdaderamente importante, vedado a la Televisión...

—Es imposible — repuso Robinson —. Bien sabes que los
fabricantes de noticias prefieren la TV, que paga indudablemente más
que los periódicos.

—Es cierto.

— ¡Tengo una noticia para ti, Anthony! —anunció Warren con

el rostro iluminado por la idea que acababa de surgir en su mente.

Parson le miró escéptico, pero no dijo nada.

—Es algo rarísimo — siguió diciendo Robert—. Recibí ayer, jueves, una visita de lo más original. ¿Habéis oído alguno de vosotros algo sobre modificaciones importantes en la atmósfera de Marte?

Se miraron inquisitivos unos a otros.

—No — resumió Irwing.

—Pues el tipo que vino a verme, un tal Miller, se aferró a esa idea absurda, hablándome de una serie de cosas rarísimas, entre ellas que las telas que se venden en mi almacén podrían causar daño a las personas que las adquieren, por lo que debía hacer un seguro especial.

— ¿No estaría loco? —inquirió Louis Smith.

— ¡Desde luego! Ésa fue la conclusión a la que llegué cinco minutos después de hablar con él.

— ¿No podría ser una noticia original, Anthony?— dijo éste mirando al periodista.

—Es posible, pero se necesita mucho más para atraer la atención del público. De todas las maneras, muchas gracias, amigo mío...

Uno de los empleados del Club arrastraba ahora, sobre una mesita de ruedas, el televisor que solían contemplar el grupo de amigos. Excepto, naturalmente, el periodista.

En efecto, al ver el aparato, Anthony se puso en pie.

—Me largo..., ¿os veré mañana?

—Desde luego.

Ninguno de ellos insistió para que Parson se quedase, ya que sabían que hubiera sido completamente inútil.

— ¡Hasta mañana! — saludó el periodista, alejándose.

—Adiós.

El empleado, colocó ante los amigos un colosal «Robinson» de pantalla gigante, dotado de los adelantos más modernos: relieve normal y «vitacolor» panorámico.

Irwing sonrió, complacido, ante el aparato que había salido de sus talleres.

— ¿Lo de siempre para los señores? —inquirió el criado.

—Sí — repuso Warren —: tres «whiskys» con poca soda.

—Bien.

Alejóse el criado y los tres amigos esperaron que el programa empezase. Estaba ya la pantalla iluminada y no tardó en aparecer el rostro de uno de los más conocidos locutores de la Red Marciana.

—Buenas noches, señores telespectadores — saludó —. Hoy, antes de iniciar nuestro habitual Diario Hablado, con información del Sistema, vamos a resumir una noticia de última hora que, por su insólita importancia, cabe, de preferencia, en nuestra información urgente...

Hizo una pausa.

—Nos acaban de comunicar que han ingresado en el Hospital Central de New City tres señoras padeciendo todas ellas quemaduras de segundo y tercer grado, al inflamarse súbitamente y de una manera harto misteriosa, sus vestidos de noche...

«Esas damas estaban reunidas en una fiesta cuando, de repente, sus vestidos se convirtieron en verdaderas teas... Sus gritos de dolor eran horribles, pero nadie supo, en aquel momento de espantosa confusión, asistirlas convenientemente, por lo que sufrieron lo indecible hasta que sus vestidos se consumieron, siendo luego trasladadas urgentemente al hospital.

»Por el momento no poseemos más noticias, aunque esperamos poder darles una más amplia información esta misma noche, al final de las Actualidades.

«Como nota curiosa se ha dicho que las telas con las que se confeccionaron esos vestidos habían sido adquiridas en los conocidos almacenes «Warren»...

Desapareció de la pantalla el locutor. Smith, adelantando el brazo, apagó el aparato.

Fue Robert, que había palidecido intensamente, quien, al cabo de unos instantes, rompió el silencio pesado que se había hecho.

— ¡Es imposible! — exclamó.

Le parecía una pesadilla, como si hubiera soñado todo aquello. Ahora, sin poder evitarlo, le aparecía el rostro de su visitante, su sonrisa cínica, el brillo intenso de su mirada desvergonzada y los propósitos que había tenido con la muchacha de Información, cosa que ella le había contado aquella misma tarde.

—Creo — dijo Robinson, rompiendo el doloroso silencio que se había hecho nuevamente — que no debes preocuparte de todo eso: comprenderás que eso de las telas que arden es completamente absurdo.

—Sí, pero... ¿y la visita de aquel individuo?

—Un caso de clásico chantaje.

—Irwing tiene razón, Robert — intervino Smith —. Y si quieres un buen consejo ve a la policía y denuncia a ese... ¿cómo dijiste que se llamaba?

—Miller.

—Pues denúnciale y en paz. Seguro que hizo algo en esos vestidos para sacarte el dinero de una falsa póliza.

Con expresión sombría, Warren hizo un gesto de asentimiento.

—Así lo haré... — dijo.

CAPÍTULO II



ESDE donde estaba, en su sillón, detrás de la mesa de despacho, Warren podía ver la casi totalidad de su almacén, con el público que se movía entre los escaparates de exposición y venta.

«Por el momento — pensó —, parece ser que, afortunadamente, la gente no ha hecho caso de la noticia de anoche...»

Se volvió a su visitante, que también miraba a través del cristal transparente por un solo lado.

Warren preguntó:

— ¿Cree que encontrarán a ese Miller, inspector Dunkan?

El otro, un hombre de anchas espaldas, vestido sobriamente, hizo un vago gesto con la cabeza.

—Haremos lo imposible, señor Warren. Aunque no comprendemos cómo pudo hacerlo.

— ¿Han estado en el lugar de la fiesta de anoche?

—Sí. Y todos los invitados habían sido controlados severamente: se trataba de gente con una posición social que no deja la menor duda respecto a la honorabilidad de sus personas.

— ¿Entonces?

—No se preocupe: proseguiremos nuestras investigaciones. ¿Dijo usted que ese Miller le habló de ciertas modificaciones en la atmósfera del planeta?

—Sí, pero no irá usted a creer esos absurdos.

—Desde luego; pero nosotros, los de la policía, hemos de atar

todos los cabos y no perder ningún detalle, por absurdo que parezca.

—Lo comprendo. Pero mi tesis, por el momento, es la más lógica: ese individuo quería hacerme objeto de un chantaje y puso algo en las telas que hizo que éstas se inflamasen. Por otra parte, sus propósitos eran, sin duda alguna, criminales.

—No hay duda.

Warren dijo:

—Una vez consigan ustedes cazar a este tipo, lo demás se aclarará en seguida.

—Eso esperamos.

Y fue entonces cuando el policía, que sin dejar de atender a Warren seguía contemplando el almacén a través del vidrio, dio un salto.

— ¡Eh! ¿Qué diablos ocurre?

Se había precipitado junto al muro de cristal que formaba las paredes del singular despacho de Warren,

Éste le siguió, palideciendo al echar de primera ojeada hacia abajo.

El espectáculo era ciertamente dantesco.

Corrían la gente y los empleados por todas partes, huyendo de las llamas que surgían de las telas expuestas.

— ¡Dios mío!

El inspector, haciéndose de sangre fría, se precipitó al teléfono, marcando, en primer lugar, el número de los bomberos.

— Luego llamó a la Central de la Policía.

Entretanto, Warren, desesperado, se dejaba caer por la rampa descendente, precipitándose en el almacén, donde una confusión sin igual reinaba.

— ¡Tranquilidad, señores! — empezó a gritar —. ¡No se dejen llevar por el nerviosismo!

Pero él mismo se vio obligado a retroceder, ya que el calor era espantoso en los braseros en que se habían convertido los montones de multicolores telas.

Las llamas subían hasta el techo y se oían las explosiones de las vitrinas de plástico, que chorreaban goterones de sustancia inflamada.

Apretándose hacia las puertas de salida, un público enloquecido se abría paso a golpes, a codazos o a pisotones. Los alaridos de los que habían caído al suelo se mezclaban con los ayes de los quemados, abandonados en los pasillos, entre los escaparates, convertidos en verdaderos infiernos.

Robert, retrocediendo, se mesaba los cabellos desesperado.

— ¡Calma! ¡Calma! —gritaba, sin cesar, muy poco convencido de sus propias palabras.

Finalmente, las sirenas de los bomberos se dejaron oír, al tiempo que media docena de helicópteros de varias clases se posaban sobre el edificio y en las calles vecinas.

Pronto dispararon los cañones de los aparatos voladores sus proyectiles de espuma, produciendo su clásico chisporroteo al apagar, de golpe, los primeros focos del incendio.

Protegidos por sus trajes especiales de amianto, los bomberos penetraron, armados de metralletas de proyectiles espumosos y «bazookas» del mismo género, abriéndose paso entre las llamas y evacuando a las primeras víctimas, sacándolas de los fatales pasillos, aunque ya muchos habían dejado de vivir.

Tuvo que evacuarse la totalidad del almacén. Y Warren, que fue sacado por los bomberos, que tuvieron que obligarle a salir, ya que no quería hacerlo, encontróse en la calle con su amigo Parson.

—Ven a mi coche, Robert.

Se dejó arrastrar, y una vez en el interior del vehículo rompió a llorar, sin poder reprimir la congoja que se había apoderado de él.

—Cálmate, Robert — le rogó el periodista.

— ¡Es mi ruina!

— ¿Por qué? ¿No tenías asegurado todo?

—Sí; pero ¿quién volverá a comprarme algo después de lo ocurrido? ¡Si hubiese hecho caso a aquel tipo! Mil créditos diarios no era tanto, después de todo...

Parson preguntó:

— ¿Cómo? ¿Te pedía mil diarios? ¿Estás loco?

— ¿Por qué?

— ¡No irás a pagar a ese sinvergüenza!

— ¡Ojalá lo hubiera hecho!

—Has perdido el juicio, La policía le cazará y pagará cara su osadía... Ha cometido varios crímenes e irá a la Cámara Electrónica.

—Y yo a la calle.

— ¡No seas estúpido! En cuanto se hayan aclarado los procedimientos que ha utilizado para su fechoría la gente comprenderá que no ha sido tuya la culpa.

Se había dominado el incendio. El inspector, que andaba por allí, junto a algunos de sus agentes, se acercó al coche.

—Ya está, señor Warren.

Robert le miró con el terror reflejado en el rostro.

— ¿Hay... muchas... víctimas? — balbució, profunda y sinceramente impresionado.

—No lo sabemos aún.

— ¡Dios mío! ¡Qué horror!

—Dejaré algunos agentes alrededor del edificio— dijo el policía.

— ¡Busquen a ese Miller, señor Dunkan! ¡Es lo más urgente! — dijo el periodista.

El agente le miró, frunciendo el entrecejo.

— ¿Es que quiere enseñarme mi oficio, Parson?

— ¡Yo no intento enseñarle nada, inspector! —dijo el periodista—. Mi periódico lanzará una campaña para una mayor intensidad en la búsqueda de Miller. ¿No se da usted cuenta de lo que ha hecho ese tipo?

Duncan no contestó.

Y mirando a Robert, como si fuese la única persona que tuviese ante él, le dijo:

—Le informaré de todo lo que vayamos consiguiendo, señor Warren — dijo el policía.

—Muchas gracias, inspector.

—Adiós.

Se alejó.

Anthony torció el gesto.

— ¡Banda de presumidos! ¡Mucha organización y poca efectividad! ¡Eso es de lo que padece nuestra policía!

—No es mala persona, amigo mío; hace lo que puede.

— ¡Pues tendrá que hacer más! Porque, a partir de hoy, el «Planet Mirror» va a atacarlos de lo lindo... ¡Hasta que demuestren su eficacia cazando a ese Miller!

* * *

Duncan encendió otro cigarrillo, examinando los «raports» que las distintas brigadas le habían enviado.

Tenía a casi la totalidad de los efectivos de la policía sobre el caso «Miller» y esperaba que, de un momento a otro, se consiguiesen resultados positivos.

Echó una despectiva mirada al ejemplar del «Planeta Mirror» que tenía sobre la mesa. Y, en un momento de irritación, se apoderó de él,

destrozándolo entre sus fuertes y cortos dedos.

— ¡Imbécil! —silbó entre dientes.

El interfono se puso a sonar y, creyendo que se trataba de una noticia de una de las brigadas, Dunkan se apresuró a conectar.

— ¿Diga?

—Una visita, señor inspector general: un señor que acaba de llegar de la Tierra, procedente de Washington.

Dunkan preguntó:

—¿Cómo se llama?

— Donald Callowan.

Dunkan frunció el ceño.

— No le conozco; además, no tengo tiempo de recibir a nadie.

—Un momento, señor. Dice ser el director de no sé qué Policía Espacial.

Dunkan preguntó:

— ¿Un agente privado?

—Lo ignoro, señor; pero también me ha dicho que trae cartas de presentación del Consejo Mundial.

Dunkan se encogió de hombros.

— ¡Hágale pasar! Lo despacharé en seguida.

—Bien.

Momentos después la puerta se abría, dejando pasar a un hombre de unos treinta años, cabellos oscuros, pero sin ser negros, amplia frente, nariz regular, mandíbula voluntariosa y ojos azulados, sin ser claros, cargados de una fuerza singular.

Una amable sonrisa entreabría ligeramente sus labios.

—¿Inspector general Dunkan? —inquirió.

—El mismo.

Se estrecharon la mano y el policía señaló un asiento al visitante; éste, después de acomodarse, tendió una tarjeta de plástico a Dunkan.

—He ahí mi nombramiento, señor inspector.

Dunkan se apoderó de la tarjeta y una sonrisa apareció, significativa desde todos los puntos de vista.

—«Director de la Spacial International Police»— leyó; luego, mirando a su interlocutor, dijo —: ¿Qué nuevo truco es ése, señor Callowan?

Sin dejar de sonreír, Donald, con voz tranquila, expuso:

—Se trata de una nueva organización policíaca, inspector: algo

así como un organismo no solamente internacional, sino que se encuadre en el marco de los planetas descubiertos. Tenemos ya una escuela en Washington, donde se está formando nuestra primera promoción de agentes.

—Entonces, ¿quién compone ahora la SIP?

—Yo.

La sonrisa se amplió en el rostro de Dunkan.

— ¿Y cuál es el motivo de su honrosa visita a Marte, señor Callowan?

Donald señaló el documento.

—Como ha podido leer ahí, inspector, la SIP puede intervenir en todos los casos que se presenten en el Sistema. Habiendo oído hablar, por la Televisión de la Tierra, de un caso curioso, ese de las telas inflamadas que ha causado, según creo, dieciséis víctimas, he creído que tal caso caía de lleno en las atribuciones que se me han dado.

— ¿Eso quiere decir que nos considera incapaces de resolver el asunto?

Donald denegó con la cabeza.

—No es eso, señor inspector; pero hemos de empezar a acostumbrarnos a la idea que una policía internacional, que es al mismo tiempo espacial, se ocupe de los casos, colaborando con las policías locales.

— ¿Y espera que nos pleguemos a esas novísimas ideas?

—Ya sé que habrá dificultades en un principio.

— ¡Y siempre! Es fácil pensar que ustedes, usted por el momento, representante de esa famosa SIP, venga a pedir detalles de algo que nos ha costado trabajo saber; es decir, hablando más claramente, a aprovecharse de los esfuerzos de esa policía que usted califica como «local»... muy amablemente.

Los ojos de Callowan llamearon.

Y con voz recia contestó:

—Se equivoca usted... Yo he venido a saludarle y a poner en su conocimiento la existencia de la SIP, que, lo quiera o no, ha sido creada. En cuanto al caso que nos ocupa a los dos, no pensaba, aunque estoy autorizado a hacerlo, pedirle ningún detalle. Quiero hacer una investigación completamente solo.

Una sonrisa burlona apareció en los labios de Dunkan.

— ¿Y tiene esperanza de conseguir algo?

—Eso no puedo decirlo todavía...

—Le deseo mucha suerte, señor Callowan.

—Gracias.

Donald se había levantado e iba a retirarse cuando el interfono se puso en marcha y la voz del comunicante se dejó oír:

—Llama la tercera brigada, señor inspector... Urgente, mayor prioridad. Acabamos de sostener una lucha a tiros con un hombre al que perseguíamos y que ha resultado muerto.

— ¿Quién era? —bramó Duncan.

— El sujeto que buscábamos, señor inspector: un tal Thomas Miller... Eso creemos, al menos.

— Bien. Haremos con el señor Warren y su empleada las consiguientes comprobaciones. Lleve el cadáver a la Morgue. ¡Buen trabajo, amigo!

—Gracias, señor.

Duncan pulsó la palanca, mirando a Callowan con un gesto de conmisericordia.

—Ya ha oído usted, señor director de la Spacial International Police. La pobre policía «local» de New City acaba de terminar, a pesar de su poca inteligencia, el caso de las ropas inflamadas. Lamento que haya hecho un viaje tan largo inútilmente...

Callowan sonrió.

—Me alegro mucho del triunfo de sus hombres, inspector pero ¿no cree usted que hubiese sido mejor haber detenido a Miller para interrogarle?

Duncan le fulminó con la mirada.

—Buenos días, señor inspector, pero permítame decirle que la SIP no considera resuelto este caso. ¡Ni muchísimo menos! — dijo finalmente el joven Callowan (2) sin dejar de sonreír.

CAPÍTULO III



ON una sonrisa de satisfacción, Irwing contempló el periódico que tenía abierto sobre la mesa. Y complacido volvió a leer el artículo que, en su primera página, firmaba personalmente su amigo Anthony E.

Parson:

«Robert Warren y su empleada reconocen en el cadáver del bandido abatido ayer por la policía al famoso Miller.»

Venía después una información detallada, sin que Parson dejase en el tintero su tristeza, compartida por todos los lectores, de que la policía no hubiera conseguido coger a Miller vivo, lo que hubiese aclarado — decía — el misterioso procedimiento utilizado por aquel tipo para inflamar los vestidos de las damas primero y las telas de la tienda de Warren después.

«De todos modos, la policía nos ha demostrado que sabe resolver los asuntos, sobre todo cuando la prensa, y es el caso de decir que el «Planeta Mirror» fue el primero que hizo sonar la alarma, inflama un poco la actividad un tanto adormecida de nuestras autoridades y sus defensores.»

Irwing sonrió.

— ¡Diablo de Parson! Da una de cal y otra de arena..., pero siempre pega fuerte. ¡Lástima que su periódico no sea lo que debía ser!

El interfono sonó entonces.

Separando la mirada del periódico, Robinson alargó la mano, bajando la palanca.

— ¿Sí? — inquirió, todavía con la sonrisa en los labios.

—Una comunicación del exterior, señor Robinson — anunció la voz de la empleada —. Hay mención «urgente» en la llamada.

—Está bien. Pásemela.

Irwing oyó perfectamente la sintonía de «interurbana», preguntándose quién podía llamarle. Instantes después una voz de hombre se dejó oír:

— ¿Hablo con míster Robinson? —inquirió.

—Sí — repuso Irwing.

La voz preguntó:

— ¿Es el señor Robinson en persona?

—Le he dicho que sí.

—Perfectamente. Creo que usted sabrá, porque entre otras cosas es su amigo, lo que le ha sucedido a Robert Warren, ¿verdad?

Robinson hizo una pausa.

Había fruncido el ceño y preguntó, con sincera extrañeza:

— ¿Qué quiere usted decir? Y, primeramente, ¿quién es usted?

—Me llamo Gallo, señor Robinson: Lewis Gallo, para ser más

exacto.

Robinson dijo:

—Y bien, ¿qué quiere usted insinuar con lo de mi amigo Warren?

—Sencillamente, que soy; es decir, que era íntimo amigo de Thomas Miller.

— ¡Ah!

—Eso le explicará a usted todo, puesto que lo que deseamos es hacerle una póliza de seguros, de mil créditos diarios, para evitar que sus famosos televisores quemén a los usuarios.

Robinson sintió que el sudor, un sudor repentino e inexplicable — dado el sistema de perfecta aclimatación de su despacho —, le pegaba la ropa a la piel.

— ¿Quiere decir que ocurrirá con los televisores lo que con las telas? — inquirió con un hilo de voz, sabiéndose vencido por anticipado.

—Exactamente.

Irwing tragó saliva.

— ¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo? —inquirió, aferrándose a la única solución que podía determinar en aquellos momentos.

—Ni un minuto. Esta noche, señor Robinson, pondrá treinta mil créditos en un sobre, tomará un coche, que conducirá usted mismo, e irá a las diez en punto a un local en la baja New City, llamado «Chez Vous». Yo estaré allí y me acercaré a su mesa, como si deseara hablar con usted. Dejará el sobre con el dinero en la mesa y estará tranquilo, por espacio de todo el mes.

Y como Irwing no dijese nada, el otro insistió:

— ¿Lo ha entendido bien?

Robinson suspiró.

—Perfectamente.

— ¿Entonces?

Hubo un silencio:

—Haré lo que me dice — repuso el fabricante de televisores.

— ¡Magnífica idea comercial! Pero le aviso que si intenta alguna cosa, puede ir cerrando el negocio...

—No intentaré nada.

—Mejor será así. ¡Hasta la noche, señor Robinson!

Cortaron la comunicación, pero Irwing mantuvo el interfono abierto durante unos minutos.

Después bajó la palanca.

Una sensación de fracaso le invadió de repente. La suma pedida no era excesiva; no obstante representaba un buen pellizco, una positiva merma en su cifra de venta.

Encendió un cigarrillo y se puso a reflexionar sobre todo aquello, sopesando las posibilidades que tenía de defenderse del chantaje del que iba a ser objeto.

«¡Treinta mi: créditos!»

Estremecióse al pensar que aquella cifra que, si se adaptaba a las instrucciones de su misterioso comunicante, iba a ser una sangría constante, así como un robo diario que, conociéndole, debiese respetar.

Durante el resto del día, apenas si hizo algo de una manera consiente. Estaba distraído, alejado de cuanto le rodeaba; evitando, no obstante, que los empleados se diesen cuenta de su estado. Por eso prefirió encerrarse en su despacho como si estuviese estudiando algún asunto fundamental.

Comió en un bar de las proximidades de su almacén y no se sintió tranquilo hasta que, después de cerrar su negocio y despedir a los empleados; pudo, al fin, tomar un coche que le condujo al Club donde se reunía, cada tarde, con sus amigos.

Nada más llegar, Smith y Warren, que estaban allí, como de costumbre los primeros, se percataron de que Irving no estaba como todos los días.

— ¿Qué te ocurre? — inquirió Smith nada más estrechar, la mano del que acababa de llegar, que se dejó caer en un sillón, como si viniese extenuado.

Robinson frunció el ceño, luchando desesperadamente por saber si sería conveniente contar a los otros lo ocurrido; pero, en realidad, desde que el misterioso comunicante le había hablado, no pensó en otra cosa más que en contar a sus amigos lo ocurrido y pedirles un consejo que, estaba seguro, le darían gustosamente, ayudándole, si era preciso.

Así, sin más titubeos ni vacilaciones, explicó a sus amigos lo que le había pasado durante la mañana.

Warren fue el más afectado por el relato de Robinson.

— ¿Así que ese canalla de Miller no era el promotor de todo esto?

— Seguro — repuso el apesadumbrado fabricante de televisores — Miller no era más que un ejecutante de un grupo que debe ser importante y que no se arredra por la muerte de uno de sus miembros.

Hubo una pausa.

— ¿Qué piensas hacer? --inquirió Smith que no había despegado los labios, mirando a Robinson.

—No lo sé. Después de lo que le ocurrió a Robert, tengo miedo, francamente, ya que esa banda demostró que cumplía sus amenazas. Y si Robert tuvo la Suerte de que matasen a Miller, sería mucha suerte que ocurriera lo mismo con el tipo que me ha llamado por teléfono. ¿No os parece?

— Sí, sería demasiada coincidencia.

Se hizo una nueva pausa, más larga que la anterior.

Después, Warren que se había estado frotando el mentón, en signo de trabajo mental, dijo:

—Yo, en tu caso, avisaría a la policía.

— ¿Y qué adelantaría con eso?

Warren se pasó la lengua por los labios, como si le costase trabajo encontrar las palabras justas para explicar lo que estaba pensando.

—Verás — dijo, luego —: desde que me ocurrió lo de las telas, he estado reflexionando y he llegado a la conclusión de que la banda, ahora ya sabemos que Miller no era más que un peón, debió untar los vestidos de aquellas mujeres con alguna sustancia inflamable, cosa que se repitió en mi tienda, aquella fatal mañana.

— ¿Y eso qué quiere decir?

La llegada de Anthony, el periodista y director del «Planeta Mirror», abrió un paréntesis obligado en la charla, ya que hubieron de explicarle lo ocurrido, rogándole Robinson, encarecidamente, que no publicase en modo alguno aquella noticia.

—No temas — dijo Parson, serio —: no publicaré nada. Y ahora, por favor — se había vuelto a Warren —, ¿qué querías decir con tu consejo de que Irwing comunicase lo que ocurre a la policía?

—Le había dicho que, del mismo modo que la banda colocó una sustancia inflamable en las telas de mi almacén, igual pueden hacerlo en la tienda de Robinson. ¿Manera de evitarlo? ¡Hacer que la policía rodee el edificio y vigile el interior!

—No es mala idea — dijo Parson—pero, ¿qué ocurrirá si los «accidentes» previstos por esa banda se producen en los televisores vendidos por Robinson?

— ¡A eso iba, precisamente! — exclamó Robert—. En mi caso, todo hubiese sido distinto si hubiera sabido lo que ahora sé: ¿qué puede importar que se produzcan, como tú dices, «accidentes» en los aparatos de los Clientes? Una vez protegida la tienda, puede hacerse una publicidad, informando al público que cuanto ocurra es obra de

una banda de criminales y que la policía ha sido informada.

—Eso no dejará, no obstante, de perjudicar las ventas de Irwing.

—Es cierto — dijo éste —; pero no deja de gustarme de todos modos la idea de Warren. ¡No estoy dispuesto a pagar mil créditos diarios a esos bandidos! ¡Es el sueldo de veinte empleados! ¿Os dais cuenta?

—Entonces — insistió Anthony —, ¿no piensas ir a esa cita que te han dado en el «Chez Vous»?

—En eso estoy pensando en este momento — replicó Robinson—. ¿No estáis de acuerdo conmigo que sería una maravillosa idea prevenir a la policía y hacerse acompañar por ésta al lugar de la cita?

— ¡Formidable! —exclamó Smith—. Y si tuvierais la idea de pagar a ese tipo y seguirle, descubriríais la totalidad de la banda.

— ¡No lo creo! —intervino de nuevo, Parson—: Esa gente ha demostrado, hasta ahora, ser muy lista.

— ¿De veras? — le interpeló Warren—. ¿Crees que son listos al no haber percibido ni un centavo de mí y, además, haber perdido a uno de los suyos, a Miller, acribillado a balaros por la policía?

—Desde luego — dijo Irwing, apoyando la tesis de su amigo —, no parecen tan inteligentes como dices, Anthony.

—No te fíes demasiado, Esa gente, a mi modo de ver, no ha hecho más que empezar...

— Ésa es también mi opinión, señores...

La voz sonó a espaldas de todos; una voz agradable y firme a la vez.

Se volvieron descubriendo entonces a un hombre de aspecto simpático; con una sincera, sonrisa en los labios.

Fue Robinson frunciendo el entrecejo, quien interpeló al desconocido:

— ¿Quién es Usted y cómo se atreve a inmiscuirse en una conversación privada? Además, no le conozco como miembro de este club.

— Y no lo soy — repuso el hombre sin dejar de sonreír. Como si la dureza de las palabras de Irwing no le hubiesen alterado mucho—. Ruego que me perdonen, pero solo hace un instante que estoy aquí y no he oído más que el final de esta interesante charla... aunque en realidad, he entrado en el Club con el solo objetivo de encontrarles.

Y tras echar una ojeada a los rostros, aún demasiado serios, continuó:

—Me llamo Donald Callowan, director de la Spacial International

Police.

— ¿Eh?— Se asombró Anthony, el más curioso de todos— ¡jamás he oído hablar de esa policía!

—No es raro, señor Parson: acaba de fundarse.

— ¿Puede demostramos lo que dice, señor Callowan? — intervino Robinson, siempre huraño.

— Inmediatamente.

Sacó su tarjeta de identidad, que pasó de mano en mano, siendo curiosamente examinada. No podía dudarse, por otra parte, de la autenticidad de los sellos del Consejo Mundial.

Anthony devolvió el documento a Donald. Señalándole un sillón.

— ¡Tome asiento, por favor, señor Callowan! Es un honor para todos nosotros el tenerle aquí, aunque tiene que comprender y perdonar nuestra sorpresa... ¡Ha aparecido usted como por arte de magia!

— En efecto — aceptó Donald —. Pensé en todos ustedes, desde el momento que supe que se reunían aquí.

Y como me he encargado, en nombre de la SIP, del caso acontecido al señor Warren, no pude evitar la curiosidad de charlar un poco sobré ese asunto.

— ¡Ahora soy yo el amenazado, señor Callowan!— explotó Robinson que, sin dejar que nadie interviniese, contó al jefe de la SIP lo que le había ocurrido.

Callowan le escuchó atentamente.

—Ahora comprendo por qué el señor Parson decía, con muchísima razón, que esa banda no hacía más que comenzar sus actividades criminales. ¿Y qué piensa usted hacer, señor Robinson?

—Estábamos, justamente cuando usted llegó, discutiendo sobre ese punto. Creo que comunicaré a la policía lo acontecido y es muy posible que, acompañado por algún agente, vaya a la cita que me anunció mi comunicante. ¿Qué le parece?

—No es mala idea; sin embargo, no crea que ellos no hayan pensado en esa posibilidad.

—También hemos convenido en que no son tan listos como parecen.

— ¿Qué les hace pensar de esa manera?

—La estúpida forma en que el culpable de la amenaza hecha a mi amigo Warren cayó acribillado por la policía.

Donald sonrió.

—He pensado mucho en eso, aunque mi opinión varía un poco de

la de ustedes.

— ¿Puede decimos qué piensa sobre ello?

—Sí, no tengo inconveniente. Yo creo que la táctica empleada con el señor Warren fue un error cometido por la banda, que no tenía ninguna necesidad de descubrir la identidad de uno de sus miembros para conseguir lo que, en el caso del señor Robinson, se ha hecho de una manera más juiciosa.

«Conocido Miller, la banda ha podido considerar peligroso que siguiera con vida. Y no me extrañaría nada que hayan sido ellos quienes lanzaron a Miller en manos de la policía, contando con que él, acusado de crímenes múltiples, prefiriese morir antes de ser capturado.

Parson movió la cabeza, en un gesto de duda.

—Encuentro algo ficticia su tesis, señor Callowan. No puedo comprender que un granuja como Miller se decidiese al sacrificio de su vida de una manera tan heroica.

— Puede que tenga usted razón — repuso Donald —. La verdad es que hay en la muerte de ese hombre algo que todavía queda por explicar.

—Todo eso está muy bien — dijo Robinson —: pero yo creo que lo más urgente es llegar a determinar qué debo hacer, ya que ahora, soy el afectado por esa peligrosa amenaza. Usted, señor Callowan, ¿cuenta con fuerzas para encargarse del asunto?

—Estoy solo en Marte.

—Entonces— repuso Irwing—, voy a confiar el caso a la Policía de la ciudad. El inspector-jefe Duncan me parece el hombre apropiado para resolver el asunto.

—Como usted quiera.

Irving se puso en pie.

—Voy a verles inmediatamente. Veremos el plan que estoy dispuesto a seguir sus instrucciones al pie de la letra.

Callowan asintió con un gesto de cabeza.

—Me parece muy bien— dijo, entre dientes.

En realidad no le extrañaba nada aquella actitud de reserva y desconfianza hacia la joven institución del SIP. Había encontrado la misma forma de reaccionar allí donde se presentó, tanto en la Tierra como, en las nuevas ciudades de Marte y Venus.

¿Quién podía creer en la eficacia de un organismo, policiaco que, por el memento obligaba a su director a constituirse en fuerza de choque?

Además, la Policía local no estaba dispuesta a admitir que alguien, de quien no tenían la menor noticia, se inmiscuyera en sus asuntos. Por más Spacial International Police que se llamase.

«Algún día pensó Donald —, verán que la SIP es la única organización que defiende la Ley en todo el Sistema; pero, por el momento, hemos de soportar el aguacero de la crítica y la desconfianza...»

Irwing había estrechado la mano de sus amigos e hizo lo mismo con la de Callowan, alejándose luego hacia la puerta del salón.

Y fue en aquel preciso instante, cuando iba a traspasarla, que lanzó un grito de horrible espanto y dolor al mismo tiempo.

Volviéndose por completo, Callowan vio que Robinson se convertía, en un abrir y cerrar de ojos, en una especie de antorcha ardiente, lanzando llamas de su cuerpo, como si éste se hubiera tomado combustible.

Rápido, como un rayo, Donald corrió hacia una de las mesas y apoderándose del mantel, de tejido pesado, lo lanzó sobre el desdichado Robinson que yacía en el suelo siempre, envuelto en llamas, retorciéndose de dolor.

Callowan, consiguió apagar el fuego; pero, cuando minutos más tarde, uno de los miembros del Club — precisamente un médico — se arrodilló junto a Irwing; el movimiento de cabeza que hizo demostró al director de la SIP que sus auxilios habían llegado demasiado tarde.

Irwing Robinson había muerto.

CAPÍTULO IV



HEZ VOUS» estaba situado en el barrio Oeste, el más antiguo de la ciudad y que había quedado como una sucia reliquia de lo que hicieron los primeros pobladores de New City.

La ciudad se extendía ahora hacia el Norte, con las modernas y audaces atracciones, las amplias, avenidas, los extensos «squares»: el Oeste no estaba habitado más que por la gente de baja estofa, los

parásitos de toda una gran metrópoli, la inevitable escoria de cualquier núcleo humano importante.

Cuando Callowan penetró en «Chez Vous», se apercibió en seguida de la calidad de la clientela que allí había, perteneciente a dos clases sociales opuestas: los ricos que iban allí en busca de emociones o sensaciones nuevas y los otros, los habituados, incapaces de concebir nuevas sensaciones y curados ya de espanto.

El local tenía la forma de una amplia elipse, ciñéndose la forma a la pista central, ocupada en aquellos momentos por media docena de parejas; el resto, hasta las paredes, lo ocupaban minúsculas mesitas, casi todas ellas ocupadas por gente de las dos clases definidas más arriba.

Donald atravesó tangencialmente la pista, avanzando hacia una de las mesas que, por su situación, le pareció la más apropiada para poder observar el resto del salón.

Una vez sentado y habiendo pedido un «whisky», sacó su estuche de habanos, escondiendo uno de ellos.

Callowan no fumaba, más que cigarros puros. Encontraba el resto del tabaco — y sobre todo los cigarrillos corrientes — incapaz de ser saboreado como un buen veguero. Por eso llevaba siempre una buena provisión y un estuche con una docena en uno de los bolsillos interiores, de su traje.

Con el habano en los labios, echó una primera ojeada, diciéndose que era muy posible que hubiera perdido su tiempo al venir aquí. Desde el día anterior, cuando Robinson había encontrado la muerte en una represalia fulminante, había estado reflexionando, teniendo que confesarse que el caso que se le presentaba era de excepcional dureza y que iba a costarle mucho más de lo que había pensado, llegar a una solución satisfactoria.

Por el momento, tenía pocos datos, poquísimos, sabiendo sólo que una banda había iniciado un «trabajo» de alto chantaje, que empezó bastante mal en el caso de Warren, con la muerte de uno de los granujas, pero que había seguido con un golpe de aviso, una llamada seria, al matar a Irwing Robinson.

Estaba claro que la banda deseaba hacer saber que estaba dispuesta a matar si sus «clientes» no se doblegaban a sus exigencias económicas.

¿Quién sería el primero en recibir la llamada telefónica?

El que el difunto Robinson hubiera, sido citado en «Chez Vous» podía ser un indicio o no serlo, ya que Irwing debía estar condenado desde un principio, para dar una lección a los que tomasen en broma, desde entonces, las advertencias de la banda.

Callowan recorrió los rostros de los que allí se divertían, no encontrando nada de anormal en todos ellos. Su memoria prodigiosa no halló ninguna cara de las que ya formasen el archivo de la naciente SIP. Y si allí había delincuentes, debían ser de poca monta y controlados por la Policía local.

Eso le hizo pensar en el inspector Dunkan. Y no pudo evitar una sonrisa al recordar la posición intransigente del policía y su desprecio, nada simulado, hacia la SIP.

Fue entonces cuando le vio.

A pesar de estar aparentemente hundido en reflexiones y recuerdos, el cerebro de Callowan no había dejado un solo instante de estar alerta, pendiente de los rostros y los gestos de la gente allí reunida.

Por eso, cuando el hombre levantó la cabeza, su imagen, aunque un tanto distinta a la que Donald recordaba, iluminó la memoria del jefe de la SIP, dejándole a los labios el nombre del hombre:

¡George Zoller!

Era él, a pesar de que la expresión de su rostro hubiera cambiado tanto, desde que Callowan lo había visto, sobre todo en las pantallas de TV, en la Tierra, cuando Zoller era famoso como profesor de un Instituto de Física en Praga.

Haciendo memoria, Donald hizo desfilar las imágenes del pasado, recordando la expulsión del profesor, del seno de la Universidad, después de un escándalo en el que se había demostrado que, además de beber como un camello, George era un toxicómano.

Zoller había desaparecido por completo. Y ahora, lejos de la Tierra, en un tabernucho infecto, reaparecía un solo instante, ya que después de beber un nuevo trago, el viejo profesor volvió a dejar caer la cabeza sobre la mesa, vencido por el alcohol.

¿Cómo había llegado hasta allí?

Eu el fondo Callowan se sentía arrastrado por un interés meramente retrospectivo, ya que la figura del profesor le habla sido simpática en los tiempos de desgracia de éste. Zoller no era ningún criminal, sino una de esas pobres criaturas humanas que, débiles ante la vida y a sí mismas, buscan una salida catastrófica a su desdichado complejo de inferioridad ante el resto del mundo.

Dándose cuenta de que no iba a lograr nada en la investigación que le había llevado allí, consideró que había perdido el tiempo al intentar encontrar una pista en el «Chez Vous». Y por eso precisamente, agradablemente complacido, decidió levantarse, acercándose a la mesa que ocupaba Zoller, dispuesto a saludar al viejo profesor.

Seguía éste apoyado con la cabeza sobre los brazos, que tenía sobre la mesa. Su actitud era, desdichadamente, la de un hombre vencido.

Le tocó suavemente en el hombro.

— ¡Profesor...!

Tuvo que insistir para que el hombre se decidiese, al fin, a levantar la cabeza, mirándole con sus ojos miopes y cargados de una nebulosidad extraña, como si tuviera ante su mirada una bruma de la que jamás pudiera desprenderse.

Hizo cuanto pudo por distinguir el rostro del hombre que le había sacado de la honda somnolencia en la que yacía.

— ¿Quién es usted? — inquirió, con voz ronca

—Usted no me conoce, profesor, pero yo le recuerdo de cuando estaba usted en la Universidad. Me interesaron mucho sus trabajos de entonces, como a todo el mundo.

Hubo una mueca triste en los temblorosos labios del viejo.

— ¡Ha venido de la Tierra? — preguntó, sin dejar de clavar en Donald sus lacriméantes pupilas.

—Sí, hace poco. Y ha sido una sorpresa encontrarle aquí. ¿No necesita nada, profesor?

Una especie de estremecimiento recorrió el cuerpo del anciano. Por un momento, sus ojos parecieron deshacerse de la bruma que los empapaba: Y con un tono de voz en el que filtraba la emoción, preguntó:

— ¡De veras que quiere hacer algo por mí?

—Si está a mi alcance...

— ¡Sáqueme de aquí! ¡Lléveme a cualquier parte donde puedan desintoxicarme! ¡Por favor!

Había un tal tono de angustia en la voz de Zoller que Callowan comprendió todo lo que debía estar sufriendo aquel hombre. Sintióse impresionado y se dijo que ya había pagado Zoller suficientemente sus faltas de antes. Cualquier Universidad del mundo, una vez desintoxicado, haría el honor de acogerle en su seno para enviarle después a alguna residencia para ancianos...

— ¡Sáqueme de aquí! — insistió el anciano.

Y fue en aquel preciso instante, cuando Callowan se disponía a contestarle afirmativamente, cuando una pesada mano se posó sobre su hombro.

Se volvió a tiempo de encontrarse cara a cara, con una especie de gorila, casi un pie más alto que él, con una expresión de indescriptible

bestialidad en el ancho rostro. Al lado de aquella especie de cuadrumano, un hombre delgado, con el rostro afilado como el de un cuchillo y los ojos brillantes cómo carbones al rojo, sonreía cínicamente.

Fue el pequeño quien habló:

— ¿Por qué no deja al viejo, tranquilo? — inquirió, sin dejar aquella desagradable sonrisa.

El de aspecto de gorila dijo:

— ¡Lárgate, amigo! El viejo es un protegido del local y no queremos que nadie se ría de él.

— No me estaba riendo de él — repuso Donald — Además, le conozco.

— ¿Ah, sí? — se interesó el que acababa de acercarse.

Callowan no dijo nada.

— ¿Se puede saber de dónde?

Mientras, el gorila había cogido al profesor por las axilas, levantándolo como un muñeco.

— ¡Vamos, abuelo! ¡Ya ha bebido bastante y hay que dormir!

Notando que se llevaban a Zoller, Callowan se decidió:

— ¡Un momento! —exclamó.

Y el hombre del rostro afilado, que no había dejado de sonreír, dijo:

—Ya veo que se interesa, de verdad, por el abuelo... ¿Por qué no viene ahí dentro y discutimos un poco? Si de verdad le aprecia...

—Quiero hacer algo por él.

—Me parece muy bien. Después de todo, hace tiempo que el abuelo no es más que un estorbo para nosotros. Lo soportamos por un poco de consideración... ¿Vamos?

—Vamos.

Siguió al hombrecillo que, a su vez, tomó el mismo camino que el otro, dirigiéndose hacia el fondo del local, penetrando por una puerta que había junto al mostrador.

Un largo y mal alumbrado pasillo se extendía al otro lado de la puerta. Callowan lo siguió, sin perder de vista al gorila, que continuaba llevando al profesor en sus brazos. Al final del corredor, una nueva puerta, que daba a una sala casi sin muebles, una especie de bodega antigua, que ahora no debía utilizarse para nada.

Acababa de penetrar en ella, cuando Callowan sintió que el hombre que le seguía le había apoyado, con fuerza, el cañón de la pistola en los riñones:

— ¡No te muevas y levanta los brazos!

Donald obedeció.

El gorila, que había dejado al profesor sobre una especie de sucio catre, se acercó al jefe de la SIP, apuntándole con la «Luger» especial que Callowan llevaba en su «holster». Siguió registrándole luego, encontrando con facilidad la tarjeta de identidad, enteramente en plástico indestructible, grabada con letras imborrables.

— ¿Qué es esto? — inquirió el otro.

—No lo sé — repuso el coloso—. Toma, léelo tú.

Había dado un empujón a Callowan, obligándole a apoyarse sobre la pared. Y sacando un cuchillo, se plantó ante él, mientras el otro leía la tarjeta de identidad de Callowan.

El del rostro afilado, soltó un significativo silbido.

— ¡Caramba! ¡Pero si es un policía! ¡Y de una nueva clase!

Acercóse entonces a la pared de la que colgaba, un teléfono de tipo antiguo, sin pantalla. Y después de marcar un número, esperó hasta que...

—Aquí, Gallo, jefe...

Los ojos de Donald brillaron intensamente, ya que acababa de recordar que Gallo era el que había telefoneado al difunto Robinson.

¿Así que cuando creía haber perdido el tiempo, había tenido la gran suerte acercándose al viejo profesor, de entrar en contacto con la banda que tanto le interesaba conocer y descubrir?

No podía quejarse.

Sonrió, intentando entender el susurro de voz que salía, del micrófono; pero estaba demasiado lejos para comprender nada. Y sólo oía, las afirmaciones que Gallo iba dando a medida que escuchaba las instrucciones del jefe.

Por último, el hombre de la faz afilada, dijo:

—De acuerdo, patrón. Así lo haremos.

Y colgó.

Una extraña sonrisa ornaba sus delgados y exangües labios.

Acercóse al gorila, sin dejar de mirar al prisionero.

— ¿Sabes quién es este tipo, Lee?

El otro gruñó un «no» apenas inteligible.

— ¡El jefe de una nueva policía internacional! ¿Te das cuenta? Un iluso que cree poder hacer algo en Marte. ¿Qué te parece?

Lee no dejaba de mirar a Donald y éste se percató del odio que destilaban aquellas pupilas inyectadas en sangre.

— ¿Qué ha dicho el jefe? —inquirió.

—Que le hagamos hablar.

— ¡Empecemos!

—Ahora mismo. Toma mi pistola y no le pierdas de vista. Voy a atarle las manos y los pies...

— ¿Por qué no me dejas que lo haga yo? ¡Seguro que no se moverá después de que yo le ate!

—Cómo quieras.

Avanzó, el gorila. Y bajo la amenaza de la pistola de Gallo, Callowan no tuvo más remedio que someterse a Lee que, con unas cuerdas que se había sacado del bolsillo, demostró su fuerza, haciendo que los cabos se hundiesen profundamente, hasta morder la carne de las muñecas y de los tobillos del jefe de la SIP.

Donald quedó extendido en el suelo, sabiendo lo que le esperaba, pero sin que su entereza se debilitase un solo instante.

Gallo se acercó entonces.

—Escucha, «polizonte». No tenemos ganas de cansarnos contigo. Si contestas a nuestras preguntas que, en realidad sólo hay una, lo pasarás bien y no nos pondrás nerviosos. Queremos saber todo lo que conoces de este asunto y lo que tu maldita nueva policía piensa hacer. También nos interesa saber si vas a llamar a más «polizontes» y si trabajas con la «poli» de New City. ¡Puedes empezar!

Callowan no despegó los labios.

Hubiera podido, en efecto, decir la verdad: que estaba solo y que el inspector-jefe Dunkan no experimentaba precisamente lo que podría llamarse simpatía por él.

Pero se dijo que hablar significaba demostrar una debilidad que no deseaba, en modo alguno, hacer patente. Pensó en los muchachos que se iban a convertir en agentes y que miraban a su jefe como un ejemplo de lo que ellos serían en un día próximo.

Gallo había encendido un cigarrillo, sin dejar de sonreír.

—Quítale la chaqueta y la camisa, Lee.

El coloso se acercó a Callowan, dándole una patada para ponerle bocabajo. Después, utilizando las garras que tenía por manos, arrancó, sin contemplaciones la chaqueta de Callowan, haciendo lo mismo con la camisa, haciendo trizas ambas prendas.

La fuerte espalda de Donald Callowan quedó al descubierto.

— ¡Este cerdo debe darse una buena vida! ¿Te das cuenta de lo tostado que está, Lewis?

El otro dejó oír una risita cortante.

—Ya lo veo. Debe pasarse los fines de semana en Florida. Pero no está aún muy tostado. Vamos a dar a su piel un color mucho más interesante.

Acercóse, inclinándose, poniendo una rodilla en tierra; luego, tras unas ávidas bocanadas a su cigarrillo, plantó la punta ígnea en la espalda de Donald.

Tuvo éste que morderse los labios para dominar la terrible sensación dolorosa.

Gallo había apoyado el cigarrillo, haciéndole dar vueltas, al tiempo que aumentaba la presión.

— ¿Te das cuenta, Lee? ¡Este puerco me ha apagado el cigarrillo! ¿Es que tendré que gastar todo el paquete?

Lee lanzó una carcajada.

— ¡Espera!— exclamó—. Deja que encienda uno de los habanos que este tipo lleva consigo; ¡Son de los que no se apagan!

Lo hizo, aspirando con fuerza inaudita, hasta que el veguero tuvo una amplia punta completamente al rojo.

— Toma.

Esta vez, Callowan, a pesar de su extraordinaria fuerza de voluntad, no pudo reprimir un lamento que intentó vanamente, ahogar entre sus dientes fuertemente apretados.

—Parece que pica, — ¿eh? — rio Lewis

— ¿Lo ha apagado?

—Sí. Este tipo tiene una piel de hipopótamo.

—Voy a encender otro.

Y la tortura continuó.

A cada quemadura, Callowan experimentaba una espantosa sensación, como si todo su cuerpo estuviera encerrado en un horno. Sin embargo, el dolor fue convirtiéndose en algo vago, cuando toda la espalda no era ya más que un montón de informes y abultadas ampollas.

Poco después, el cuerpo del jefe de la SIP reaccionó como otro cualquiera lo hubiera hecho muchísimo antes en las mismas circunstancias.

— ¡Se ha desmayado! —exclamó Lee, con un tono de desprecio en la voz.

—Sí — replicó el otro—. Le hemos tostado demasiado. ¡Este tipo es un duro de verdad!

Lee preguntó:

— ¿Y qué vamos a hacer ahora con él? ¿Quieres que le

despierte?

—No. Vamos a dejarle ahí.

Lee se asombró.

— ¿Cómo? ¿Es que no lo vamos a liquidar?

—No. Las órdenes del jefe son intentar hacerle hablar, aunque lo que nos hubiera dicho ya lo sabía él.

— ¿Entonces?

Lewis se encogió de hombros.

—Es un «donnadie», amigo. Le hemos dado una lección y es lo suficiente. Así aprenderá a no meterse en lo que no le importa.

— ¿Y sus agentes?

—Viene solo. Es un soñador. Han creado esa SIP, pero no debemos temer nada. El peligro está en los «polis» de la ciudad: éste desdichado, en cuanto se dé cuenta de cómo tratamos aquí a los «pies planos», se largará a la Tierra, diciendo que el asunto que le interesaba no tiene importancia. ¡Es un enchufado!

—Antes le llamaste duro.

—Y lo es. Pero eso no importa. Ya comprenderás que no iban a hacer jefe de esa SIP a un blandengue. De todos modos, punto final. Haremos que el viejo no vuelva a asomarse en el local y así evitaremos sorpresas de esta clase.

— ¿Crees que lo conocía de verdad?

— ¡Pues claro! Mucha gente conocía a ese viejo estúpido..., no olvides que fue muy famoso en su tiempo.

— Échatelo en la espalda y vámonos. Saldremos por detrás y lo dejaremos fuera de la ciudad — dio finalmente señalando el cuerpo de Callowan.

—De acuerdo.

CAPÍTULO V



ARL HUSTON puso en marcha su helicóptero biplaza, diciéndose que con una vez más que sobrevolase el sector que debía vigilar habría terminado su pesada guardia.

Huston había entrado en la Policía, de Marte tres años antes, más que nada empujado por el ansia de aventura que parecía ofrecerse a todo el que se pusiese al lado de las fuerzas que defendían la Ley.

Pero después de aquellos tres años, Carl empezaba a desesperar en las promesas de los carteles que le habían atraído de irresistible manera. Destinado desde el principio al control aéreo de los alrededores de la ciudad, sus «emociones» se habían limitado a llevar borrachos y mendigos a la Central, teniendo, encima, que limpiar su helicóptero que, la mayor parte de las veces, quedaba en lastimoso estado, a pesar de estar íntegramente forrado de plástico por dentro.

¡Qué iba a hacer!

Sentíase defraudado, engañado hasta lo más hondo; pero, a pesar de todo, guardaba como una vaga esperanza de que un día se presentase la ocasión de cambiar su ridículo y aburrido papel de «guardián del orden», monótono y gris, por el que correspondía, a un policía de verdad:

El aparato se elevó, con una dulzura extraordinaria. Empezaba a amanecer y claridad era ya suficiente para que Carl pudiese distinguir todo desde la leve altura que llevaba.

La ancha pista que salía, por aquella parte, hacia las pequeñas localidades del sur del planeta, se ofrecía bajo él como una faja oscura, que se perdía en el horizonte.

Huston encendió un cigarrillo, sin dejar de mirar, de una forma tan mecánica como profesional, los bordes de la ancha autopista, completamente desierta de circulación en aquellos momentos.

¡Cómo envidiaba a sus compañeros de la Brigada Criminal!

Hubiese dado cualquier cosa por poder estar con ellos, aunque significase un constante peligro para su vida. Porque, ¿para qué se alistó en la policía si no para llevar a cabo misiones emocionantes, repletas de imprevistos, en una lucha constante contra la delincuencia del Sistema?

Encogióse de hombros, diciéndose que la mala suerte se había apoderado de él desde el momento en que se alistó.

Pero...

Sí, no cabía duda que había un cuerpo allí abajo, en el lado izquierdo, tendido en la cuneta

¡Un borracho más!

O un tipo abotargado, lleno de drogas hasta las meninges, que pasaría a la sección de desintoxicación del Hospital de la ciudad, sin que, como de costumbre, sirviese para descubrir a los que, solo pensaban en ganar dinero fácil, jugaban con la vida de los demás.

Viró, preparándose a posarse sobre la pista, cerca del cuerpo que acababa de descubrir. Y fue entonces, que al sobrevolarlo, que vio que estaba desnudo de medio cuerpo para arriba y que su espalda ofrecía un aspecto horrible.

Se estremeció, quizá movido más por la emoción y el misterio que podía encerrar aquel hombre que por el daño real que sufría:

Momentos más tarde, cuando estaba ya inclinado sobre el cuerpo, no pudo evitar una sensación de horror al comprender que sólo quemaduras horribles podrían haber cubierto la piel con aquellas ampollas, muchas de las cuales habían reventado, dejando escapar un líquido blancuzco, sanguinolento en parte.

Huston era un muchachote fuerte y procuró trasladar al hombre de la menos dolorosa manera posible. Extendido uno de los asientos, que se convertía en lecho de emergencia, colocó al desconocido con el mayor cuidado, dando la vuelta después para penetrar por la portezuela de su lado.

Despegó.

Acelerando: ya que el estado de aquel hombre no le infundía confianza ninguna, temiendo que no pudiera llevarlo vivo al hospital, no dejó, por ello de contemplarlo, así, como estaba, bocabajo.

Se preguntó cien veces quién podía ser; pero, después de hacer suposiciones de todas clases, se dijo, con tristeza, que nada le importaba, en el fondo, quien fuera, puesto que una vez entregado en el Hospital, la Brigada Criminal se encargaría de, hacer las averiguaciones para descubrir su identidad y la de sus agresores.

¡Con lo que le hubiera gustado a él poder hacerlo!

Una vez en el Hospital, habló unos instantes con el médico jefe, tomando de nuevo su helicóptero para trasladarse a la Central, donde fue recibido por el subjefe, que escuchó atentamente el relato del joven agente.

Terminado su servicio, Huston, sin saber exactamente por qué, volvió al Hospital, en vez de irse a casa a descansar.

Y una vez ante el médico de guardia y después de haber

explicado que había sido él quien llevó al desconocido le preguntó:

— ¿Se salvará, doctor?

Creo que sí. Está sólidamente construido y no serán esas quemaduras las que terminen con él.

— ¿Han venido de la Central?

—No. Aunque estamos deseando que lleguen.

— ¿Por qué?

El herido delira y dice cosas muy raras, Por ejemplo, que es un tal Donald Callowan, jefe de una nueva policía del Sistema.

— ¡Donald Callowan!

— ¿Le conoce?

No. He oído hablar de esa nueva policía, que llaman SIP; parece ser que ese hombre se presentó al inspector-jefe Dunkan. Y éste se rio de él a mandíbula batiente. Según parece, la SIP la constituye, por el momento, él solo. Y venía con la pretensión de encargarse del caso de las vestiduras inflamables.

— ¡Ese hombre es un iluso! — exclamó el médico.

Pero Huston no le escuchaba; algo acababa de desencadenarse en su mente: una idea, alocada, podía ser, pero que le hizo sentir una emoción casi tan fuerte como la que experimentó cuando ingresó en la Policía.

Y con un tono de ansiedad en la voz inquirió:

— ¿Podría verle, doctor?

El médico se encogió de hombros.

—A estas horas debe haberse recuperado, ya que se le ha hecho un tratamiento de choque con cardiotónicos, mientras se prepara el cirujano estético para trabajar en su espalda.

— ¿Entonces?

—Vaya, que no se retrase. No me gustaría que sus jefes le encontrasen aquí.

—Sólo diez minutos.

—Bien. Habitación 200, segunda planta.

— ¡Muchas gracias!

Despreciando el ascensor, Carl corrió por escaleras, deteniéndose sólo ante la puerta, cuando una enfermera salía de la habitación, mirando al joven con inquisitiva mirada.

—Tengo permiso — dijo Huston —, soy de la policía.

—Bien.

— ¿Ha recobrado el conocimiento?

—Sí.

—Gracias.

Carl penetró en la estancia.

El hombre yacía sobre el lecho, bocabajo. Su espalda ya no era visible y un montón de gasas, empapadas de amarillo, la cubría por completo. Tenía la cabeza inclinada hacia el lado derecho y respiraba con regularidad.

Huston se acercó por aquel lado, deteniéndose cuando Donald le miró.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, ¿Quién es usted?

Soy la persona que lo encontró, señor Callowan.

— Es usted agente del orden.

—Solamente vigilante aéreo

Ha oído hablar de mí a sus compañeros, verdad.

—Algo, sí.

—Y no muy bien, ¿no es cierto?

Carl asintió sin atreverse a afirmar de otra manera. Se sentía atravesado por la mirada de aquellos ojos acorados, como si el hombre ahondase en su cerebro, hasta lo más íntimo.

—Ha oído hablar mal de mí y, sin embargo, ha venido a verme.

—Así es.

— ¿No está contento, eh muchacho?

Huston sonrió.

—Es cierto, señor.

Y le contó todas sus desilusiones, sus esperanzas fallidas....

Callowan le escuchaba con atención.

Está visto que la suerte no me abandona — dijo luego, cuando el joven hubo terminado, sin dejar de sonreír —.Yo voy a estar una semana, por lo menos, imposibilitado casi por completo. ¿Quisieras ayudarme?

— ¡Encantado, señor!

—Fíjate bien lo que esto va a significar para ti. Después de tu trabajo normal o incluso durante él, tendrás que moverte, jugándote el puesto.

Carl preguntó:

— ¿Y si presentase la dimisión ahora mismo, señor?

—No es necesario, al menos por el momento. Escucha, muchacho:

me gusta tu comportamiento y es muy posible que encuentres en la SIP lo que buscabas en la Policía local...

Y empezó a hablar.

Huston bebía materialmente sus palabras.

* * *

Louis Smith, que no había dicho nada a nadie, echó una ojeada a su magnífico salón, repleto de público en aquellos momentos; luego, suspirando, dirigióse a su despacho, cerró cuidadosamente la puerta y abrió después su caja fuerte, sacando un fajo de billetes que contó despacio.

Treinta mil...

Era la cifra que debía entregar a un hombre, en la puerta trasera de su local, dentro de quince minutos.

Había recibido el aviso de la banda, aquella misma mañana y no se atrevió a negarse, cuando se reunió con Warren y Parson en el Club al acabar de ordenarle, a decir nada prefiriendo hacerlo, antes que le ocurriese lo que al desdichado Robinson.

Quería, además, salvaguardar sus intereses, ya que el salón le producía considerables beneficios y treinta mil créditos al mes no iba a significar una seria catástrofe para él.

Metió el dinero en un sobre azul, cerrando después la caja. Luego consultó el reloj.

Faltaban cinco minutos para la cita.

Abandonó el despacho, complaciéndose en echar una nueva y satisfecha ojeada al salón. Éste, que había sido concebido de una manera audaz, se convirtió muy pronto en el más famoso y concurrido de la ciudad, guardando, al mismo tiempo, una selección especial, que se hizo por sí misma y por los exorbitantes precios que Smith había impuesto para mantenerla.

Viendo que la hora se acercaba, salió, por el pasillo que daba a la parte trasera del edificio.

El hombre estaba allí.

Era delgado, no muy alto, con un rostro afilado como el de un ave rapaz.

— ¡Hola! —saludó el desconocido.

—Buenas noches — dijo Louis.

— ¿Trae la «pasta»?

Smith asintió:

—Aquí está.

Le tendió el sobre que el otro desgarró prestamente, contando ávidamente los billetes, a la luz indecisa de un neón que había sobre la puerta.

—Está bien. ¡Hasta la semana que viene! — dijo luego, con una sonrisa cínica.

— ¿Eh? — se asombró Smith.

El otro no dijo nada.

—Será hasta el próximo mes — precisó.

—Se equivoca — contestó el Otro —. Hemos hecho el seguro a una veintena de comercios, calculando exactamente sus posibilidades. El suyo, amigo mío, puede que pagar treinta mil a la semana... Lo sabemos muy bien.

— ¡Pero eso no es lo convenido!

—Ha sido un reajuste, señor Smith.

Louis estaba rojo de cólera.

— ¡No pagaré ni un centavo más de lo que habíamos quedado!

—Yo creo que pagará.

— ¡Se equivoca, granuja! ¡Llamaré a la policía!

— ¿Es que ha olvidado a Robinson?

Smith se estremeció. Pero se rehízo.

— ¡No me importan sus amenazas! ¡Tampoco he olvidado al granuja que la policía acribilló a balazos!

—Como quiera...

El hombre se alejó.

Louis se quedó mirándolo, lleno de odio, de rabia y de impotencia al mismo tiempo.

¡Qué estúpido había sido al creer que aquella banda iba a conformarse con una actitud pasiva por su parte! Precisamente era aquello lo que ellos esperaban para apretar las tuercas más y más...

¡Treinta mil créditos semanales!

El sesenta por ciento de sus beneficios normales se iría de aquella horrible manera, haciendo absurdos todos los esfuerzos y desvelos que había tenido para montar su negocio.

Comprendió, por las palabras que aquel canalla había dicho que, controlando tantos comercios, debían recoger una verdadera fortuna, sin quebraderos de cabeza.

¿Es que la policía no sería capaz de acabar con aquel espantoso estado de cosas?

¡Tenía que pedir urgente ayuda, exigiendo que un par de policías

le escoltase día y noche, para evitar que fuese objeto de una agresión como había sido Irwing Robinson!

Penetró en el edificio, corriendo hacia el teléfono.

* * *

La sonrisa que ornaba el rostro del inspector-jefe Duncan, al dejarse caer en el sillón, mirando la cara torcida de Callowan, tenía la misma, sino más intensa nota de burla que la que le ofreció al conocer su identidad en la Central Policiaca de New City.

Para prolongar lo más posible el efecto de su divertida expresión, guardó silencio, durante unos minutos, sin dejar de mirar al jefe de la SIP.

— ¿Vamos aprendiendo, señor director de la Spacial International Police?

Callowan no pestañeó siquiera.

— ¿Aprender? — repuso —. Sepa que llevo casi toda la -vida en la policía; mi padre fue inspector-jefe en Los Ángeles.

— Poco aprendió usted de él.

— Lo bastante para saber que se gana y se pierde con facilidad, en esta profesión, sobre todo si se da la cara, acto que no suele darse frecuentemente en ciertos inspectores que, como los detectives de las novelas, prefieran resolver los casos sentados cómodamente en sus sillones, con un cigarrillo en los labios y la mirada ausente. ¿Es usted de éstos, señor Duncan?

El otro se mordió los labios.

Había esperado, casi con completa seguridad, encontrar un hombre sumiso, arrepentido de haber obrado de tal forma. Y en vez de eso, hallaba a Callowan tan entero como siempre; es decir, agresivo, como no se había mostrado en el despacho.

Tardó un poco en contestar.

— No me hacen mella sus críticas, señor Callowan. Lo cierto es que ha recibido una buena lección y que esperaba, lógicamente, que la hubiese aprovechado.

— ¿Cree acaso—repuso Donald, con simpático desenfado — que es ésta la primera vez que me zurren? Ya veo que hace mucho tiempo que el señor inspector-jefe no sale de su despacho para perseguir delincuentes.

Afectado, el otro frunció el entrecejo.

—No necesito hacerlo — dijo, con un tono agrio en la voz —. Poseo la suficiente inteligencia como para dirigir a mis hombres hacia

un objetivo seguro. ¿O es que ha olvidado que nada más empezar conseguí que mis muchachos pusieran fuera de combate a un miembro de la banda?

— ¿Y de qué ha servido eso? ¿Ha evitado, acaso, la muerte de Robinson? ¿Cree haber liquidado esa organización criminal?

— ¡Terminaré con ellos! Yo...

Fue en aquel momento cuando el teléfono, sobre la mesilla de noche, sonó con insistencia.

— ¿Diga? — inquirió Dunkan, apoderándose del combinado.

La voz del micrófono era lo suficientemente fuerte para que Donald pudiera oír las respuestas casi con la misma claridad que lo hacía Dunkan.

—Señor. Ha llamado Louis Smith, el del Salón del mismo nombre.

— ¿Y qué?

—Fue amenazado esta mañana y pagó, hace poco, treinta mil créditos, esperando así poder gozar de una tranquilidad y evitar represalias; pero al entregar el dinero, el hombre que fue a buscarlo, uno delgado y de rostro afilado, ha pedido treinta mil créditos por semana. El señor Smith desea una escolta, de protección...

—¡Maldita sea! Envíen dos agentes allí y ponga media docena en el local. Iré a ver a Smith dentro de unos momentos.

— ¿Algo más, señor? Perdone si le hemos llamado al Hospital, pero considerábamos que merecía la pena.

—Bien hecho. Nada más.

— ¡A la orden!

Dunkan colgó.

Callowan, que sonreía ahora, sin poder controlarse, dijo:

— ¡Bravo, señor inspector-jefe! ¡Ya me he dado cuenta de la manera que ha resuelto el asunto!

El otro le fulminó con la mirada.

— ¡Escuche, Callowan! Lamento de veras que un agente mío le haya encontrado, tirado, en la carretera! Debería haberlo dejado allí; paro, a pesar de todo, no quiero verlo en New City, metiéndose en lo que no le importa. Voy a controlar todas las centrales de radiogramas para impedir que llame a los que le apoyan en Washington.

— ¿Qué conseguirá con ello?

—Impedir que trabaje en esta ciudad. ¡Ya me arreglaré para que mis muchachos lo consideren como un fuera de la Ley! Y entonces, se lo juro, lo pasará mucho peor de lo que lo ha pasado hasta ahora...

Salió, dando un formidable portazo.

CAPÍTULO VI



MITH y Warren estaban silenciosos, sentados en sus habituales sillones del Club, cuando Parson penetró en la sala, echando una ojeada de sorpresa a los desconocidos que ocupaban una de las mesas, no lejos de la entrada.

Siguió su camino hasta sentarse al lado de sus amigos.

— ¡Hola! —exclamó, lanzando después un suspiro.

Y como los otros se limitasen a hacer un saludo con un vago gesto de cabeza, inquirió:

— ¿Qué diablos os ocurre hoy?

Fue Smith quien le relató, a grandes rasgos, lo que le había ocurrido al entregar el dinero al hombre del rostro afilado.

Sin dejarle terminar, el periodista saltó, indignado:

— ¿Por pagaste? ¿No te das cuenta que esa gentuza no parará nunca en sus pretensiones? ¡Sí, es cierto que controlan muchos negocios! Pero ahora, mi periódico lanzará una campaña contra ese estado de cosas y ya verás cómo el inspector Dunkan se apresura a solucionarlo.

— ¡Ojalá tuvieses razón!

—Claro que la tendré. Y hablando de Dunkan, ¿qué te dijo?

—Lo mismo que tú: que no debía haber pagado ni un solo centavo. Ha montado una vigilancia constante en mi salón y además — hizo un gesto hacia los dos hombres que habían llamado la atención de Anthony— ha dejado dos policías para mi protección personal.

— ¡Lástima de los treinta mil créditos que entregaste!

—No podía hacer otra cosa en aquellos momentos. Estaba asustado, te lo aseguro, después de haber visto lo que le ocurrió al pobre Irwing.

—No podemos dejarnos asustar, a pesar de todo.

Y mirando al periodista:

—Ten cuidado, Anthony: es una gente de la peor ralea —intervino Warren levantando la cabeza.

— ¿Por qué he de tener cuidado?

—Por eso que has dicho antes de la campaña que piensas emprender contra la banda.

— ¡No les tengo miedo! ¡Ojalá pudiese saber quiénes son y dónde se encuentran! No dejaría que fuesen sólo los policías. Iría con ellos y os juro que no me quedaría el último en el momento de repartir palos.

Hubo una pausa.

Y luego, Parson, que había encendido un cigarrillo, con visible nerviosismo, dijo:

— ¡Dedicaré, a partir de la, edición de mañana, la primera página, en exclusiva, a este asunto! ¡Toda la primera página! ¡Entera! Y haré que los cajistas saquen a relucir los tipos más sensacionales... ¡Hasta creo que acabo de encontrar el nombre con el que designar a ese grupo de criminales!

Sus dos amigos le escuchaban, intranquilos.

— ¿Qué os parece «La Banda de los Pirógenos»?

— ¿Eh? —saltó Warren.

—¿Qué significa eso? —preguntó, a su vez, Smith, con el entrecejo fruncido.

—«Pirógenos»... engendradores de fuego. ¿No os gusta? ¡Yo creo que no podía encontrarse otro calificativo que los retratase mejor. ¡Ya estoy viendo los titulares! ¡Pegaré fuerte, os lo aseguro! ¡Sin descanso! ¡Edición tras edición!

Louis torció el gesto.

—Creo que pronto tendrás que correr en busca de Dunkan para que te ponga un par de policías que no se despeguen de ti ni de día ni de noche.

— ¡Ya veremos! Por el momento, la idea que acabo de tener será interesante para el «Planeta Mirror»... ¡Hasta es posible que la venta aumente y salve el bache que tanto me preocupa!

—Ten cuidado, amigo —aconsejó Warren.

— ¡Sois una pareja de asustados! Pero tiene que haber alguien

que demuestre a esa gentuza que no tiene miedo. ¡Y ése seré yo!

Se había puesto en pie y sus ojos brillaban febrilmente.

—Me voy a empezar el trabajo, amigos. Voy a escribir durante toda la noche. ¿Me prometéis leer el periódico mañana por la mañana?

—Ya sabes que lo leemos siempre.

— ¡Pero el de mañana será distinto! ¡Por completo! ¡Adiós!

Smith y Warren le siguieron con la mirada.

—Tiene muy buena voluntad — dijo Smith cuando hubo desaparecido el periodista por la puerta del salón —: pero creo que pronto empezará a pasarlo mal.

El otro asintió con la cabeza antes de hablar.

—Estoy de acuerdo contigo, Louis. El pobre Parson va a convertirse en el centro de represalias de la banda... de esa banda que él quiere llamar de los «pirógenos».

— ¿No crees que deberíamos decírselo al inspector Dunkan?

—Sí, será mejor. Pero le rogaremos que no diga nada a Anthony: no nos lo perdonaría; ya sabes lo orgulloso que es.

Hubo un silencio.

—Voy a volver a mi local, Robert. ¿Cómo te van las cosas? — inquirió Smith, poniéndose en pie.

Warren levantó la mirada, donde lucía una luz mortecina, repleta de tristeza y melancolía.

Y de repente, exclamó:

— ¡No puedo más, amigo! ¡Tengo que decirte la verdad!

El otro le miró intensamente, acercándose después a él y poniendo una mano sobre el hombro de su amigo.

— ¿Qué te ocurre, Robert?

Warren bajó la cabeza.

—He pagado, esta mañana, quince mil créditos más.

— ¿Eh?

—Lo que oyes. Entregué treinta mil, como tú, ayer.

Y me han impuesto una multa por lo que ocurrió a Miller: quince mil más.

— ¿Entonces estás pagando y no habías dicho nada?

— ¡Ni quiero que digas nada a nadie! Prefiero pagar, amigo mío..., no puedo soportar los sufrimientos ni los temores ni las preocupaciones. ¡Estoy harto y seguiré pagando hasta que la policía termine con todo esto!

—Haces mal...

Warren torció el gesto.

—Creo que se trata de mi dinero, Louis — dijo Warren mirando a su amigo.

—Desde luego — gruñó el otro.

—Por lo tanto, creo estar en mi derecho al rogarte que no digas nada a nadie de esto; ni siquiera a Anthony.

—Cuenta conmigo. Adiós, Warren.

—Hasta mañana.

Los dos hombres se levantaron, siguiendo a Smith que, una vez fuera, les abrió la portezuela del coche, poniéndose él al volante y dirigiéndose hacia su negocio.

Una campana lejana sonó las once.

* * *

A aquella misma hora, Carl Huston, el joven agente que Callowan había ganado para su causa, penetraba en «Chez Vous», cuyo ambiente conocía ya por haber estado allí alguna vez.

El local ofrecía el mismo aspecto de siempre y su clientela era la habitual: hombres aplastados por el peso del alcohol y gente joven, de los sectores elegantes de la ciudad, que venían allí para salir de su ambiente elegante y sin contrastes.

Después de echar una ojeada a su alrededor, Huston escogió una mesita, algo apartada, pidiendo al camarero que se le acercó un «whisky».

Luego encendió un cigarrillo.

A pesar de todo, estaba nervioso ya que se daba cuenta de que aquélla era su primera misión «seria» y que de ella iban a depender muchísimas cosas importantes: entre ellas, su futuro.

Todavía no se había borrado en su mente la emoción que experimentó cuando el jefe de la SIP le habló, explicándole lo mucho que sabía y aclarándole, de golpe, gran parte del problema criminal que tanto preocupaba a la policía de Marte.

¿Cómo era posible que aquel hombre hubiera llegado a conclusiones tan avanzadas, que hubiesen hecho saltar de su sillón al inspector Dunkan?

Desde luego, Donald Callowan era un hombre extraordinario y Carl entrevía ya, con una claridad meridiana, lo que sería muy pronto aquella Spacial International Police, con un jefe como Callowan. Ninguna otra fuerza de la Ley sería capaz de comparársele.

De eso estaba seguro.

Alejando sus ideas de los gratos recuerdos que le había procurado su fortuita entrevista con Callowan, Huston volvió a preocuparse de lo que Donald le había encomendado, diciéndose que no iba a ser nada fácil, pero comprendiendo al mismo tiempo que, durante el tiempo que él jefe de la SIP estuviese hospitalizado, sería un éxito para él conseguir lo que le habían confiado.

Pero, ¿cómo hacerlo?

La orquesta había empezado a tocar y varias parejas, casi todas de jóvenes, salieron a la diminuta pista. Distráido, el policía siguió sus evoluciones, sonriendo al ver los espasmódicos saltos de los bailarines.

«Yo no podría hacerlo» — se dijo —. «He estado de guardia ocho horas y empiezo a estar cansado...»

Fue entonces cuando la voz sonó a su lado.

— ¿No bailas, encanto?

Huston se volvió, viendo ante él a una joven espléndida, de belleza provocativa, con unos hermosos cabellos rubios y unos ojos negros, que contrastaban con la piel blanca de su rostro, de sus brazos y de la extensa porción de su tórax que el atrevido y escotado vestido ofrecían generosamente a su vista.

Estaba perfectamente formada. Y el joven se sintió impresionado; pero, rehaciéndose, le contestó:

—Estoy cansado, preciosa...

Ella sonrió.

—Yo tampoco deseo bailar. ¿Puedo sentarme aquí?

—Desde luego.

Lo hizo y el joven siguió mirándola, incapaz de separar los ojos de aquella belleza, salvaje pero perfecta al mismo tiempo.

—Cuando hayas terminado — rio ella —, puedes invitarme a beber algo.

Él se sonrojó, sin poder evitarlo, apresurándose a llamar al camarero.

— ¿Qué quieres beber? — inquirió a la muchacha.

—Un «gin-ale», Pierre.

El otro asintió.

—En seguida, Karen.

Se alejó.

— ¿Es ése tu nombre? — preguntóle Carl, cuando el camarero estuvo lejos.

—Sí. Me llamo Karen. ¿Y tú?

—Carl.

— ¡Encantada, Carl!

—Lo mismo digo, Karen.

Rieron.

Había vuelto Pierre y ella empezó a beber, pausadamente, el contenido, de su vaso sin dejar de mirar al joven.

—No te he visto nunca por aquí — dijo, aprovechando una pausa.

—He estado algunas veces; pero hacía bastante tiempo que no venía. Desde luego, no recuerdo haberte visto aquí en esas ocasiones.

—No llevo aquí más de dos meses.

—Entiendo.

Él no se cansaba de mirarla, encontrándola cada vez más hermosa. Su sangre joven brincaba en sus venas, latiendo en las sienes. No podía evitar, en modo alguno, aquella sensación imperiosa que se había apoderado de él y que parecía empujarle irresistiblemente hacia ella...

—Me gustas mucho... — musitó, en voz baja.

Ella parpadeó, dejando ver sus largas y rizadas pestañas.

— ¿De veras?

Tenía él un nudo en la garganta y le dijo algo, casi por completo ininteligible.

—Tú también me gustas, Carl. ¿No te parece que estamos perdiendo el tiempo aquí? — dijo ella, con calma.

—Desde luego.

— ¿Entonces?

— ¿Dónde quieres que vayamos, Karen?

—Donde tú quieras... Yo vivo no muy lejos de aquí...

—Vamos.

Hizo un gesto a Pierre; que acudió presuroso. Y fue exactamente cuando estaba pagándole que se fijó, por primera vez, en una especie de palco que había a un lado de la pista. No llegó más que a ver una vaga silueta de un rostro: un par de ojos brillantes que le miraban.

Nada más.

Porque las cortinas que se habían entreabierto ligeramente volvieron a, cerrarse del todo.

Huston frunció el ceño.

Se daba cuenta que había torcido su camino y que su deber estaba allí; pero la imperiosa llamada que sentía, en su interior era

irresistible. Y encontró argumentos suficientes para calmar las voces exigentes de su conciencia.

Volvería después. Y además, la muchacha, convenientemente tratada, podría, con un poco de suerte, darle algunos detalles que le hicieran encontrar una pista de lo que estaba buscando.

Se auto convenció con facilidad. Y después de echar una nueva ojeada al palco, cuyas cortinillas se habían cerrado definitivamente, cogióse al brazo de Karen, abandonando el local.

La noche era espléndida.

Sobre el cielo, brillando intensamente, Fobos y más lejos el minúsculo y lejano Deimos eran como un anticipo de la luz de las estrellas. De todos modos y a pesar de sentirse cerca de una felicidad que deseaba ardientemente, el joven no podía olvidar el palco y el par de ojos que le habían estado observando, preguntándose, de mil modos distingos, quién podría ser y qué motivos tenía para hacerlo.

El contacto de su mano con el brazo desnudo de la muchacha le hizo alejarse de sus preocupaciones. No hicieron más que recorrer una veintena de metros y ella se detuvo.

—Es aquí.

Había sacado, una llave magnética de su minúsculo bolso y momentos después penetraba en una casa de un solo piso, pulsando el conmutador general.

Un chorro de luz azulada les envolvió.

Karen cerró la puerta y él pudo darse cuenta de que la casa estaba amueblada con lujo y gusto. Nunca hubiera imaginado que detrás de la sucia pared del edificio, del mismo color gris que todos los de aquel viejo barrio, podía encontrarse un alojamiento confortable como éste.

— ¿Te gusta? —inquirió ella.

— ¡Muchísimo!

Le hizo atravesar el vestíbulo, penetrando en un «living» de líneas tan atrevidas como modernas.

—Voy a servirte algo de beber.

Lo hizo, abriendo un bar que contenía gran cantidad de botellas; luego, después de sonreírle, desapareció por una pequeña puerta que había en el fondo.

Huston encendió un cigarrillo.

Ahora, que se había quedado solo, volvió a pensar en Callowan y en su misión. Y de nuevo se dijo que debía hacer unas preguntas a la muchacha que, llevando dos meses en el «Chez Vous», debía saber bastantes cosas.

Luego volvería al local y proseguiría sus investigaciones.

Estaba dispuesto a saber, fuera como fuese, quién había estado escondido en el pequeño palco. Tenía la seguridad de que si lograba conocer la identidad de aquella persona adelantaría mucho en su trabajo.

— ¡Hola!

Levantó la cabeza.

Y su corazón empezó a saltar como si se hubiera vuelto loco de repente.

No era para menos.

En el umbral, Karen había reaparecido; pero completamente distinta y mil veces más bella que antes.

Se había puesto una bata azulada, de un tejido tenue, como un velo, con una serie de filigranas en negro que eran como poderosos imanes, situados estratégicamente...

Carl se quedó boquiabierto.

Incapaz de ningún movimiento, contempló a la muchacha, diciéndose que nunca podría haberse imaginado, ni en sueños, una hermosura, como aquella.

Ella, con una sonrisa picaresca en los labios, avanzó lentamente, uniendo al encanto de su figura la atracción de un movimiento ondulante y sensacional.

Huston tragó saliva, con indecible dificultad.

Luego, cuando ella estuvo a su lado, al alcance de sus brazos, los extendió, atrayéndola hacia sí.

Un volcán tempestuoso estalló en su sangre.

Y fue entonces, sin transición, cuando un dolor fulgurante le penetró en el cráneo, hundiéndole, de repente, en lo más profundo de un abismo que parecía no tener fin.

CAPÍTULO VII



A decoración había cambiado.

Al abrir los ojos, sin dejar de sentir un intolerable dolor en la parte posterior de la cabeza, Carl se dio cuenta de ello, sin mayor dificultad, ya que la bombilla, de gran potencia, que iluminaba la lóbrega habitación en la que se encontraba, le hizo ver, de una sola ojeada, la totalidad vacía de la misma.

Estaba en el suelo, tendido cuán largo era, atado de pies y manos.

A medida que sus ideas fueron ordenándose, al mismo tiempo que sus recuerdos, Carl se sintió invadido por un desprecio completo hacia sí mismo, tratándose de todo lo peor al llegar a la conclusión de que había, caído en el más vulgar de los engaños.

Como un idiota.

¡Eso era, precisamente!

Había obrado como un necio, como el más novato de los policías, dejándose engañar por una mujer bella que, sin ningún género de dudas, había utilizado sus encantos como anzuelo...

¡Maldita sea!

No le dolía, sin embargo, el haber caído en manos de los hombres que estaba buscando; lo que le ponía furioso era haber creído un solo instante en la buena fe de la muchacha.

Cuando la puerta se abrió, dejando paso a dos hombres, Huston recordó lo que le había contado Callowan, comprendiendo en seguida que se trataba de los mismos que habían torturado al jefe de la SIP. El gorila avanzaba pesadamente, en segundo lugar.

Lewis Gallo venía delante, con una porra de caucho en la mano.

Los dos hombres se detuvieron ante Carl. El del rostro afilado esta vez no sonreía.

— ¿Qué hacías en «Chez Vous», Huston? —preguntóle.

El policía frunció el entrecejo al oírse llamar por su nombre; pero, pensando que debían haberle registrado, cogiéndole su documentación, contestó:

— ¿Es que no tengo derecho a divertirme?

—No digas idioteces. Hace unos cuantos días, casi dos semanas, que te preocupa muy poco el descansar. Antes te ibas a los bares de tu

barrio, después del servicie. Ahora te ha dado por meter las narices en lo que no te importa. ¿Qué estás buscando?

—Nada...

— ¡Vuélvele bocabajo, Lee!

El otro avanzó, cogiendo al joven como si se tratase de un fardo, dándole la vuelta como había ordenado su compañero. Carl torció ligeramente la cabeza hacia un lado, para no aplastarse el rostro contra el suelo. A pesar de su sangre fría, no pudo evitar un estremecimiento, ya que aquello tenía semejanza con lo que le había sucedido a Callowan.

— ¿A quién buscabas, Carl? —inquirió de nuevo Gallo, que se había acercado al prisionero.

—A nadie.

Silbó la porra en el aire, cayendo sobre los riñones de Huston, al que pareció que la columna vertebral se iba a romper en pedazos.

— ¿A quién buscabas? —insistió Lewis.

Carl se dijo que era inútil contestar.

Y la porra continuó describiendo vertiginosas trayectorias. Hasta que el dolor se convirtió en una sensación intolerable, como si cada golpe despertase en todo el cuerpo oleadas insufribles.

Lewis se volvió hacia el coloso.

—Se ha desmayado, Lee.

Y el otro, acercándose, dio la vuelta al cuerpo del policía con el pie, brutalmente.

—Es cierto — dijo encogiéndose de hombros —. ¡Qué asco! — exclamó—. ¡Ya no hay tipos duros de verdad, como aquel que tuvimos hace un par de semanas.

—Tienes razón — aseveró Lewis —. ¡Aquél sí que era un hombre de verdad! Aunque, ¿crees que éste no hubiera resistido lo de los cigarrillos?

— ¡Claro que no!

— ¡Es una lástima! Antes, como recordarás, podía uno divertirse con un tipo, porque eran más fuertes, más íntegros y duros: ¡Ahora se te desmayan por unos cuantos golpes!

* * *

Al abrir los ojos, una vez más, según estaba seguro de hacerlo, Huston parpadeó, sobresaltado, al ver en el techo una linda lámpara sobre un fondo color rojizo. Luego, cuando movió la cabeza, recorriendo lo demás, se dijo que debía estar soñando.

Se encontraba en un lecho, en una habitación lujosa, repleta de todos los caprichos posibles, con cuadros y jarrones sobre los otros muebles. Y que, indudablemente, no era su habitación del hotel.

— ¿Te has despertado ya, cariño? ¡No te levantes! Te traeré el desayuno a la cama...

¡No era posible!

Porque la mujer que se había asomado unos instantes a la puerta de la habitación no era otra que Karen, tan deliciosamente hermosa como siempre.

Carl se quedó con los ojos desmesuradamente abiertos, intentando, vanamente, poner en orden sus ideas, que en aquellos momentos luchaban entre sí, contradictorias y paradójicas como nunca habían sido.

—Veamos— se dijo —. Yo estoy seguro de haber sido golpeado por aquellos dos granujas; es decir, primero lo fui cuando, tenía a Karen en mis brazos y luego en aquella habitación donde estaba atado...

Sin dudarlo se puso en pie, esperando presentir el dolor de los golpes que Gallo le había dado en los riñones.

Pero no sintió nada,

Se puso frente al espejo, combinándolo con el otro, de manera a poder examinar la parte baja, de sus espaldas.

Ni la menor huella,

— ¡No he podido soñado! —exclamó en voz alta.

— ¿Por qué te has levantado, amor mío? — inquirió la muchacha, que acababa de reaparecer en la puerta, empujando un carrito de servicio, sobre el que había todo lo necesario para un copioso desayuno —¡Te dije que te iba a servir en la cama!

Volvió al lecho, sin dejar de contemplar a la muchacha, que llevaba aquella maravillosa bata que él ya conocía a la perfección.

Colocó ella una mesita auxiliar sobre la cama, empezando a disponer en ella los platos y la taza, en la que vertió el oloroso y humeante café.

Carl la miraba en silencio.

Después de haberlo colocado todo, ella se sentó en el borde del lecho. Y clavando en su rostro sus ojos, llenos de una formidable luminosidad, le dijo:

— ¿Qué te ocurre, amor mío?

Huston estuvo a punto de lanzar la mesita que tenía sobre sí hacia el techo diciéndole, entre otras cosas, que era la hipócrita más

repugnante que jamás había conocido.

Pero, dudando, se contuvo.

— ¿Cuánto tiempo llevo aquí, Karen?

— ¡Toda la noche, amor mío! ¿Es que has podido olvidarlo?

— ¿No me he movido de aquí?

—No.

—Haz memoria, por favor. Anoche, cuando llegamos aquí, ¿no me golpearon por la espalda?

— ¿Qué dices? ¿A qué te refieres? ¡No ha ocurrido nada de lo que estás diciendo! ¿Qué te ocurre, Carl?

—Nada. He creído soñar, pero nunca me ocurrió lo que ahora...

— ¡Desayuna, amor mío, y no te preocupes de nada más!

Empezó a comer con excelente apetito.

Pero no podía dejar de pensar en lo ocurrido, diciéndose que no podía dejar de creer que había estado en aquel sótano, atado, siendo golpeado por el hombre del rostro afilado.

¿Y los golpes?

Se encontraba perfectamente bien y nada le dolía. Y, sin embargo, recordaba claramente que antes de desvanecerse había sufrido lo indecible.

Aunque le hubieran golpeado con algo que no dejase huellas — jr la cachiporra de goma debía ser hueca para evitar las señales —, el dolor debía persistir.

Había terminado el desayuno sin darse cuenta. Y ella siempre en silencio, pero sin dejar de sonreír, quitó la minúscula mesita, desembarazando el lecho.

— ¿Vendrás a verme, Carl? —dijo después, sin volverse, mientras colocaba en la mesita lo que acababa de recoger.

—Desde luego. ¿Qué hora es?

—Cerca de las once.

Huston dio un salto.

— ¡Debo irme! — exclamó —. Mi servicio empieza a las doce.

Se vistió rápidamente, mientras la muchacha volvía a la cocina. Una, vez preparado, pasó al «living», chocando de nuevo con los recuerdos, como si desease encontrar allí la demostración de que no había soñado.

Pero no había nada.

Karen surgió por la puerta del fondo. Y de nueva quedó

impresionado por su belleza, aunque notó, por vez primera, una luz triste sus hermosos ojos.

— ¿Te vas, Carl?

—Sí.

Se acercó a él, poniéndose de puntillas, sin tocarle, para terminar posando sus labios sobre los del hombre.

Fue un beso rápido, pero Huston sintió que era el más sincero y puro que le había dado.

¡Con qué ganas la hubiera atraído hacia él!

Pero hubo algo que se lo impidió, algo inexplicable, como si comprendiese que no podía hacerlo.

Y salió de la casa.

Cuando, una hora después, hizo partir su autogiro, empezando el servicio, tenía la cabeza repleta de ideas contradictorias.

En realidad no sabía lo que había ocurrido.

* * *

Callowan penetró, lo más indiferentemente posible, en el elegante «Salón Smith». Hacía sólo unas horas que había abandonado el hospital, completamente restablecido, aunque las plastias de piel artificial que momentáneamente le habían colocado en la espalda le tiraban un poco, como si llevase un esparadrapo pegado.

Sentándose en una de las mesas laterales pidió un café, mientras reflexionaba sobre la ausencia de noticias de Huston, que no había vuelto a dar señales de vida desde hacía algunos días.

Era un trabajo demasiado peliagudo para un muchacho que no tenía experiencia ; pero si Donald había pensado en su colaboración, por lo menos durante el tiempo que estuviese imposibilitado en la clínica, era porque había descubierto cualidades interesantes en el muchacho, que, pulido conveniente-mente, podría convertirse en un mañana próximo en un hombre dé la Spacial International Police. ¡La SIP!

¡Cuánto faltaba aún para, que el sueño dorado de Callowan se convirtiera en realidad! ¡Cuánto habrían de pasar los primeros agentes hasta que el mundo, y ¡sobre todo las policías locales, comprendiesen la importancia de la nueva organización policíaca! Encendió un cigarrillo, pensando en que debía comprar sus famosos habanos en cuanto tuviese la primera ocasión, ya que no había pensado en ello hasta el momento.

¿Qué le había traído exactamente al «Smith»?

Sonrió al recordar que había sido la lectura del «Planeta Mirror» lo que le había empujado a hacer aquella visita. Los artículos que en primera página escribía el vehemente Parson habían conmovido a la ciudad entera y era muy posible que el llamante inspector-jefe, Dunkan, estuviese echando las muelas después de leer el periódico de Anthony.

Éste atacaba a la policía, explicando con minuciosidad todo lo que la banda de los pirógenos había hecho hasta la fecha, demostrando que más de un centenar de negocios de New City habían sido controlados, estableciendo el «seguro», que no era más que un chantaje descarado y brutal.

Parson decía que la banda debía hacer actualmente ingresos superiores al millón de créditos mensuales, lo que constituía un verdadero escándalo y una vergüenza para los agentes de la Ley.

Callowan se dijo que tenía que obrar lo más rápidamente posible y que su misión era, antes que nada, descubrir la conexión que el profesor Zoller tenía con la banda.

Porque era indudable que George Zoller había jugado un papel preponderante en todo aquello, ya que era él, y nada más que él, quien podía haber puesto en marcha las misteriosas sustancias que se inflamaban de manera tan súbita.

¡Y pensar que había tenido al alcance de su mano al viejo profesor!

También pensó en la mala suerte que había tenido al descubrir los tipos de la banda su tarjeta de identidad. Esto le hizo llegar a la conclusión de que debía encontrar algún procedimiento para camuflar dicha tarjeta, de forma que la identidad de un agente no dependiese de tan poco (3).

La sala estaba tan animada como de costumbre, y Callowan pensó que Smith debía hacer un lucrativo negocio allí, lo que no podía por menos de haber incitado a la Banda de los Pirógenos a «apretar un poco más las tuercas» al afortunado Louis.

Donald estaba impaciente por actuar.

Aprovechando un intervalo, en una de las actuaciones, que contempló con ojo distraído, llamó al camarero, pidiéndole un estuche de la marca de cigarros puros que fumaba.

Y poco después, con un segundo café, encendió el primero, aspirando él humo con verdadera fruición.

Fue entonces cuando la catástrofe estalló.

Callowan se dio cuenta en seguida, rechazando la masa, como otros muchos tuvieron la suerte de hacer; pero, por desgracia, la

mayoría, muchísimas mujeres entre ella, no tuvieron tiempo de hacer aquel gesto de natural defensa.

¡Porque la mayor parte de las mesas habían empezado a arder!

El fenómeno se había producido de una manera súbita, inesperada. Y las llamas, al principio pequeñas, consumían ahora los manteles de «xilon» y muchas de ellas habían empezado a propagarse por el suelo de madera.

Pero lo más horrible eran los vestidos incendiados de mujeres y hombres que no habían tenido tiempo posible de alejarse cuando las llamas surgieron ante ellos.

En contra de lo que podía pensarse y a pesar de los chillidos de las damas, Callowan no prestó más que una atención secundaria al incendio; su objetivo era otro y así, en el justo momento en que su propia mesa se incendiaba, retiróse prestamente, mirando hacia la salida.

Consiguió ver a un hombre que salía precipitadamente..

No perdió ni un solo segundo.

Sin hacer caso omiso del estrépito que producía el terror de los sorprendidos clientes corrió a su vez hacia la salida; pero cuando asomaba al exterior un agente de la policía le cortó el paso.

— ¡Alto!

Donald no podía permitirse el lujo de perder un instante además, si la Banda de los Pirógenos no hubieran guardado su tarjeta de identidad, hubiera mostrado la misma al policía.

Se detuvo, sin perder de vista al hombre que le interesaba, y que estaba cruzando la calle, dirigiéndose hacia un coche.

Le fastidiaba que aquel granuja hubiera tenido la suerte de salir antes que los agentes de guardia acudiesen al local y que, fatalmente, como siempre, se había ido a estrellar contra un representante de la Ley.

¡La fatalidad de siempre!,

— ¡Queda usted detenido!

Callowan hizo un gesto de asentimiento; luego, su derecha salió disparada, como una exhalación, golpeando al agente en la mandíbula. El policía cayó hacia atrás, quedando tendido en el suelo mientras Donald corría hacia uno de los taxis, viendo que el vehículo del hombre se alejaba por una avenida.

—¡Sígalo!

—Bien.

La persecución empezó y, ante el asombro del jefe de la SIP, el

vehículo no se dirigió, como esperaba, a «Chez Vous». Tomó decididamente una de las grandes avenidas exteriores, tomando después la autopista del sur, precisamente aquella en la que Callowan fue abandonado por sus torturadores.

El conductor del taxi se volvió a medias.

— ¿No cree que esto va a llevarnos muy lejos, señor?

—No importa. Sígale, pero si es posible sin que se dé cuenta.

— ¡Va a costarle cara esta broma!

Callowan sacó la cartera — había llenado aquella misma mañana un cheque — y echando por la ventanilla intermedia unos cuantos billetes dijo al taxista:

— ¿Tendrá bastante con quinientos créditos?

Los ojos del conductor se abrieron como platos.

— ¡Hay suficiente para ir al fin del mundo, señor!

La persecución duró cerca de dos horas. Afortunadamente para Callowan, el chófer, «convencido» por los argumentos multicolores que Donald le había dado, obró como un verdadero profesional, haciendo que el coche que le precedía no pudiera sentirse — su conductor — seguido.

Finalmente, el vehículo del hombre torció a la derecha, tomando un camino lateral hasta detenerse poco después junto a un viejo edificio casi completamente en ruinas, penetrando por un portalón después de abrirlo.

—Espere un momento — dijo Callowan.

Sin embargo estuvo cerca de media hora. Y cuando regresó, el chófer se percató en seguida de la sonrisa que ornaba su rostro.

— ¿Contento, señor?

— ¡Mucho! ¡Vamos a la ciudad, amigo!

Estaba muy contento, en efecto, pero lo hubiera estado mucho menos si se hubiese dado cuenta de que el hombre al que había seguido estaba ahora en una de las ventanas con unos gemelos pegados al rostro, viéndole subir al coche.

Y menos hubiera sido su gozo al saber que aquel hombre era Lewis Gallo, el tipo de cara de cuchillo afilado.

CAPÍTULO VIII



ARL HUSTON pasó por el cuarto de control, deteniéndose ante la ventanilla. El oficial de guardia le miró, sonriente.

— ¿A casa, Carl? —preguntó aquél.

—Sí.

— ¿Has «pescado» algo esta noche?

—Nada. Adiós, señor.

—Adiós.

Huston abandonó la central de la Policía Marciana. Y, como hacía desde un par de días, tomó la avenida sin parecer interesarse por nada, insensible a todo, hundido hasta el tuétano en sus ideas... que no eran precisamente de color de rosa.

Se consideraba como el último de los imbéciles, y cuando recordaba que había sido incapaz de comprender lo ocurrido se estremecía de horror ante la idea de tener que encontrarse con Callowan.

¿Qué podría pensar el jefe de la SIP de él?

Iba a cruzar la calle cuando alguien le cogió por el brazo. Y al volverse, sorprendido, estuvo a punto de echar a correr como si acabase de encontrarse con el mismísimo diablo en persona.

Donald le sonreía amablemente.

—Tengo un taxi ahí cerca, muchacho. Vamos — dijo Callowan sin soltarle.

Sin poder articular palabra, Huston le siguió dócilmente. Una vez en el interior del vehículo ocupó el menor sitio posible, como si hubiera deseado tomarse invisible y desaparecer.

El coche se puso en marcha, sin que Callowan hubiese dado orden alguna a su conductor.

Y Donald, volviéndose hacia el joven, sin dejar de sonreír y con voz afable, le dijo:

—Comprendo perfectamente tu actitud, Carl. Pero un fracaso no

debe ser motivo de abandono. Un buen policía no se arredra por ello, sino que, por el contrario, se siente más atraído cada vez que da un paso en falso. Piensa, amigo mío, que no existe profesión alguna que no tenga la emoción de la nuestra; sobre todo cuando piensas que persigues a gente que odia o abusa de la sociedad.

Incapaz de mirar a su interlocutor a la cara, Huston había bajado la cabeza.

—Tiene usted razón, señor — dijo después de una larga pausa —. ¡Pero es que yo no sé si he fracasado o no!

Callowan frunció el entrecejo.

— ¿Y si me explicases lo ocurrido, muchacho?

—Desde luego — se apresuró a decir el joven —. Siguiendo sus instrucciones empecé a moverme por los alrededores de «Chez-Vous» para ver si me enteraba del domicilio de ese profesor Zoller, que tanto interesaba a usted.

— ¿Y bien?

—Nadie en la vecindad había oído hablar de él ni lo conocían. Entonces me decidí a entrar en el local, pensando que allí dentro, como usted se figuraba, debía encontrarse la clave del misterio.

Tragó saliva.

—Fue allí donde una muchacha se acercó a mí, haciéndome perder la serenidad....

— No es nada anormal. Sigue,

—Cuando iba a marcharme con ella, y le juro a usted que deseaba al mismo tiempo ahondarla para ver si podía sacar alguna información, vi que alguien me había estado observando desde un palco pequeño, junto a la orquesta. No pude enterarme de quién era, pero, en aquellos momentos fui incapaz de reflexionar y alejé aquellas ideas, influido por la maravillosa belleza de la muchacha.

La sonrisa se acentuó en los labios de Callowan. Pero no dijo nada.

Y Huston, tras un silencio, continuó:

—Fui a casa de Karen y allí me golpearon por la espalda..., al menos así me pareció. También creo que los dos tipos de los que usted me habló estuvieron dándome golpes con un trozo de goma... en los riñones, hasta hacerme perder el conocimiento.

«Cuando me desperté me hallaba de nuevo en la habitación de Karen, no me dolía nada y ella negó rotundamente que me hubieran golpeado — levantó la cabeza por primera vez, mirando ansiosamente a Callowan —. ¿Entiende usted algo, señor? ¿No es verdad que todo esto parece una locura?

—Háblame de esos dos hombres.

Huston obedeció, describiéndolos con toda clase de detalles. Haciendo memoria, Callowan recordó con exactitud todo lo que de ellos había dicho al joven, ya que era muy posible que éste hubiera sido drogado y tuviera un sueño o una pesadilla en la que interviniesen los dos personajes de los que había oído hablar a Donald.

—Puedes estar seguro — dijo cuándo el muchacho terminó su descripción — de que te golpearon realmente.

Carl abrió los ojos desmesuradamente.

— ¿Seguro? ¿Cree que puedo estarlo?

—En absoluto. Me has dado detalles que yo no mencioné al describírtelos en el hospital.

— ¿Entonces?

Callowan se rascó el mentón.

—Hay algo en tu aventura que no deja de llamarme la atención. Esa muchacha te trató con cariño y como me has contado te besó cuando te despidió.

—Así es.

— ¿No has vuelto a verla?

—No.

—Comprendo. Has de ver lo absurdo de que aquella pareja de granujas no siguiese golpeándote, ya que no lograron que dijese nada. Eso quiere decir que no obraron como les habían ordenado.

—No entiendo, señor...

—Escucha. Puedes estar seguro de que te habían localizado antes de entrar en el «Chez-Vous». Sabían que eras policía, y que estabas libre de servicio en aquellos momentos, sabían también que habías estado haciendo indagaciones en la vecindad, preguntando por el profesor. Te enviaron entonces a la muchacha, para sacarte de allí y llevarte a un sitio donde pudiesen interrogarte con tranquilidad. Empezaron el interrogatorio utilizando sin duda un procedimiento menos cruel del que emplearon conmigo.

— ¿Por qué?

—La respuesta es sencilla: tú perteneces a la policía marciana y ellos no desean exacerbar al inspector-jefe, Dunkan, que ya está bastante furioso con los artículos del «Planeta Mirror». ¡Ahora lo comprendo todo!

—Yo sigo sin entender ni jota.

—Verás: ellos podrían repetir los golpes, que te dieron con un objeto que no dejaba señales, cuantas veces quisieran; pero entonces

debió intervenir alguien, sacándote de allí y haciendo lo imposible por que no recordases nada o tú mente estuviese confundida hasta tal punto que no pudieras saber la verdad.

— ¿Y quién fue, según usted, ese alguien? ¿La muchacha?

—No puedo precisarlo, aunque bien podría ser posible. De todos modos, ese alguien posee influencia suficiente para convencer al jefe de la banda. Y debió ser así, no lo dudes... Porque ya no era preciso que hablastes.

— ¿Qué quiere usted decir?

Callowan no respondió de momento. Había entornado los ojos y plisado su amplia frente, donde las arrugas parecían profundos surcos.

—Quítate la camisa y remángate — dijo.

Huston le miró, extrañado, obedeciendo no obstante.

Y cuando lo hubo hecho Callowan examinó con cuidado el punto de flexión del brazo y antebrazo, sonriendo después.

—Me lo imaginaba — dijo.

— ¿El qué?

—Te inyectaron dos veces. Aquí tienes aún las huellas de la aguja.

— ¿Dos veces? ¿Por qué?

—Una para hacer que tus dolores desapareciesen y no pudieras recordar nada por ellos.

— ¿Y la otra?

—Para hacerte hablar. Seguro que te inyectaron pentotal y les dijiste, sin despertar, todo lo que sabías.

— ¡Santo Dios!

—De todos modos alguien intervino en tu favor, ya que esa banda prefiere, como lo ha demostrado conmigo, utilizar la tortura y la violencia.

— ¿Entonces hablé como una cotorra?

—No debes insultarte por eso, muchacho: si yo resisto al pentotal es gracias a un preparado que me ha facilitado el médico de la SIP; pero sin él hubiera charlado como tú.

—Eso habrá hecho que hagan desaparecer al hombre que buscábamos.

—Desde luego; pero no hay que preocuparse. Sé dónde está.

— ¿De veras?

—Sí. Y por eso he venido a buscarte. Creo que voy entendiendo algo de lo que te ocurrió y voy a rogarte una cosa... si es que estás

dispuesto a seguir ayudándome.

— ¡Naturalmente, señor!

—Bien. Tu misión, esta vez, va a ser muy sencilla: quiero que localices, sea como sea, a esa muchacha. Cuando lo hayas hecho, dile que la persona que ama más en el mundo está en peligro. Y deja que actúe como quiera... sin influir en su decisión. Pero, a partir de ese momento, no te separes de ella.

—No entiendo, señor.

—Ni hace falta, por el momento. La verdad es que yo no sé si podré resolver el asunto solo. Tampoco sé si estoy bien orientado; pero, sobre todo, desearía que el profesor no cayese en la última batalla. Es una víctima y su responsabilidad es nula en todo. No me perdonaría jamás que sufriese daño.

— ¿No puedo ayudarle en algo más, señor?

—No; es decir..., ¿te atreverías a prestarme tu pistola? Ayer, cuando salía del hotel, me detuvieron dos policías... Dunkan no estaba lejos, en un coche, sonriendo. Me pidieron mi documentación, y como no la llevaba, ya que los de la banda se la quedaron, me quitaron el arma que llevaba y que los bandidos pusieron en el «holster» cuando me abandonaron en la pista de la que tú me recogiste.

— ¡Pero no tienen ningún derecho a hacer eso, señor ! ¡Usted es el jefe de la SIP!

Donald sonrió.

—Ya lo sé; pero Dunkan me prometió ponerme todos los obstáculos posibles para, como me dijo, no me metiese en lo que no me importaba. Y ha empezado a hacerlo...

— ¡Es una canallada!

—No lo creas: vulgar y simple envidia. Yo ya contaba con esto y, por el momento, he de sufrir estas vejaciones y otras muchas. Podía haber llamado a Washington; pero, aunque hubiese deseado hacerlo, no habría logrado nada, ya que el inspector-jefe me dijo haber interferido todas las estaciones de radio para impedírmelo.

Sin decir nada, Huston sacó su pistola, tendiéndosela a Callowan.

— ¡Gracias, muchacho! Te la devolveré cuando haya acabado con todo esto.

—No corre prisa, señor.

—Recuerda lo que te he dicho. ¿Lo harás al pie de la letra?

— ¡No lo dude!

Callowan golpeó el cristal del taxi y el vehículo se detuvo. Luego, Donald estrechó la mano del joven.

—Estamos llegando — dijo — al final de un problema muy confuso. La solución no es lo más importante, sino las pruebas para poder acusar al hombre que ha forjado todo esto. ¡Hasta la vista, Huston!

— ¡Adiós, señor!

—Vamos a descansar un poco, muchacho. Porque esta noche tenemos trabajo.

Carl descendió del coche, alejándose.

Callowan, inclinándose hacia el conductor, que, al volver el rostro, resultó ser el mismo que le había llevado a la casa abandonada, le dijo con una sonrisa:

— ¡A la orden, señor!

Penetraron de nuevo en el centro de la ciudad, siendo detenidos poco después junto a toda la circulación. Al fondo, una llamarada inmensa subía hacia el cielo.

— ¿Qué es eso? —inquirió Callowan.

El conductor de un potente coche, que se había detenido junto a ellos, volviéndose, le dijo:

— ¡Es el edificio del «Planeta Mirror», que está ardiendo! ¿No esperaba algo así después de los artículos de Parson?

—Sí — repuso Callowan —, lo esperaba.

— ¡Menudo loco! Ha querido hacer el valiente y ahora se quedará en la ruina. ¡Yo soy de los que pagarían antes de ver arder mi negocio!

Donald le miró sonriente.

—Y haría usted muy bien, señor.

— ¿No es verdad que sí?

—Soy de su opinión, amigo mío. Hay que evitar desagradables disgustos, aunque el hacerlo resulte caro.

* * *

Huston se mordía los labios de impaciencia. Llevaba ya cerca de dos horas en aquella esquina, sin dejar de observar la entrada del local. Esperando que Karen apareciese.

Desde que Callowan le había aclarado de aquella manera estupenda lo ocurrido, no dejó de preguntarse qué papel jugaba la muchacha en todo aquello y si había sido verdaderamente ella la que intervino para que los métodos de interrogación variasen, yendo de la cachiporra de goma a la inyección de pentotal.

No podía llegar a juzgarla con excesiva severidad, aunque le dolía

que le hubiesen engañado de aquella manera, poniéndole a disposición de sus torturadores, sin advertirle de la presencia de éstos cuando, sentados en el sofá del «living» de su casa, la esperaba con los brazos abiertos.

Pero a pesar de todos los puntos negativos que de la conducta de la muchacha tenía, no podía olvidar tampoco aquel beso que ella le dio para despedirse y que no tenía objeto si es que seguía jugando la comedia que se inició la noche anterior.

Tenía razón Donald Callowan al juzgar anormal aquella situación, como si la actitud de la joven fuera forzada y confusa hasta lo inconcebible.

También constituía para el muchacho un verdadero misterio las palabras del jefe de la SIP cuando éste dijo que la muchacha debía verse afectada al saber que «la persona a la que más quería estaba en peligro».

¿Qué había querido decir Callowan con aquello?

No pudo evitar Carl una sensación de celos. Y tuvo que convenir, confesárselo sinceramente sin ambages qué estaba enamorado de Karen y que experimentaba dolor al saber que ella quería a alguien más.

—Soy un estúpido — se dijo — al creer que ella pueda hacerme caso; además, cuando Callowan haya resuelto el caso (cosa de la que no dudaba un solo instante), puede que ella resulte culpable y vaya a parar donde irán los demás.

Prefirió dejar de pensar en aquello y concentrarse en la observación de la gente que abandonaba el «Chez Vous». Consultando su reloj se dio cuenta de que las representaciones debían haber terminado y que los que abandonaban el local debían ser los últimos, los remolones que los camareros debían empujar casi a la fuerza hacia la puerta.

Huston se estremeció.

Dejando que ella avanzase un poco empezó a caminar por la acera opuesta, echando ojeadas atrás para evitar ser sorprendido por alguien que los siguiese. No podía fiarse.

Pero después de haberse alejado un centenar de metros tuvo que convencerse de que la muchacha iba sola.

Se acercó a ella, cruzando la calle.

— ¡Karen!

Ella se detuvo con brusquedad. Y él hubiera jurado que la joven se había estremecido al oír su voz.

— ¡Carl!

Estaban juntos y se contemplaban en silencio; un silencio que duró bastante, hasta que ella se decidió a romperlo al tiempo que sonreía:

—Creí que no volverías nunca más.

— ¿Por qué?

Karen se encogió de hombros.

—Era lo normal — dijo luego.

—No lo creas — replicó él —. Ya comprenderás que tenía que pensar en muchas cosas... que aun no comprendo del todo.

—Lo se, pero, si quieres hacerme un favor, olvida todo eso. Yo sólo deseaba volverte a ver.

— ¿De veras?

Una luz de tristeza pasó por las pupilas de la muchacha, como un velo rápido.

— ¿Cómo puedes dudarlo? — inquirió con una nota de temblorosa angustia en la voz.

Carl se sintió hondamente conmovido. Se daba cuenta de la sinceridad de aquella muchacha y de la soledad que debía sufrir. Y, sin poderse contener, la tomó entre sus brazos, apretándola contra su pecho.

— ¡Nunca lo he dudado, querida!

—No sabes cuánto siento no poder decírtelo todo, Carl — dijo ella—. Pero es imposible... ¡Soy la mujer más desdichada del mundo!

—No te preocupes; sabré esperar...

La separó un poco, viendo que estaba llorando.

—No llores, Karen... He venido a verte, pero también te traigo un mensaje de un amigo mío. Me ha ordenado que te dijese que la persona a la que más amas está en peligro.

Karen abrió los ojos.

— ¿Te ha dicho eso? ¿Quién ha sido? ¿Cómo sabe...?

—No puedo decirte más, cariño. Me ordenó también que te ayudase.

Ella le cogió por los brazos, apretándole con fuerza.

— ¿De veras que me ayudarás, Carl? ¡Lo necesito tanto!

—Haré lo que quieras...

Notó que el cuerpo de la muchacha se estremecía constantemente, como si sintiese frío, pero no se atrevió a romper el silencio que se había hecho.

— ¡Ayúdame, Carl! — suplicó ella con un tono de voz que

desgarró el corazón del joven.

— ¿Qué hay que hacer?

— ¡Vamos! — repuso ella, arrastrándolo casi —. ¡Dios quiera que llegemos a tiempo!

CAPÍTULO IX



ON el habano en los labios, Callowan, sentado al lado del chófer del taxi, que voluntariamente se había puesto a su servicio, miró hacia la casa.

— ¿No quiere que le acompañe, señor? — preguntó el conductor.

—No, es mejor que te quedes aquí. Si dentro de tres horas no he regresado, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí: ir a avisar a la policía.

—Eso es...

Callowan no dijo que sentiría que tal cosa ocurriese; en realidad, no guardaba rencor al inspector Dunkan, aunque le consideraba un estúpido engreído; pero después de todo comprendía su actitud, ya que no era la primera vez que chocaba con la policía ⁽⁴⁾.

Hubo una larga pausa. Después de consultar el reloj dijo Callowan:

—Creo que ha llegado el momento de ir. Procura, sobre todo, que no te vean.

—No tema. Ya ha visto que hemos colocado el coche en un sitio estúpido.

Donald dijo:

—De acuerdo. Hasta luego.

—Hasta luego, señor. Y tenga mucho cuidado.

El chófer, del que Donald se había servido desde que abandonó la clínica, había resultado un muchacho excepcional, al que Callowan no había dudado en comunicarle su verdadera identidad, encontrando en él, como había supuesto desde el principio, un colaborador entusiasta,

sobre todo desde que se había enterado de que la policía marciana, por la que no sentía mucha simpatía, había obstaculizado la labor del jefe de la SIP.

Aléjandose del coche, Callowan avanzó hacia la casa, pensando que lo mejor era penetrar en ella por la parte trasera, aunque estaba casi completamente seguro de que no había nadie en ella.

Saltar la vieja tapia que la circundaba no fue nada difícil. Y una vez en el interior del abandonado jardín reconoció en seguida el camino que había utilizado la vez anterior para echar una ojeada por las ventanas del sótano, lo que había empezado a explicarle no pocas cosas.

Pero ahora se trataba de visitar enteramente el edificio, ya que esperaba encontrar en el interior la respuesta a todas las preguntas que desde el comienzo de la actuación de la banda de los, pirógenos se había hecho.

Ya sabía algunas, pero no todas.

Moviéndose en silencio, avanzó hacia una especie de planta trepadora que se había apoderado de parte de la fachada, cubriéndola con una espesa y recia capa. Tanteando, se dio cuenta de que podía escalar por ella.

Momentos más tarde estaba en el tejado, donde no tardó en encontrar una claraboya por la que pudo penetrar en el interior de la casa.

Sirviéndose de la linterna que llevaba inspeccionó la buhardilla, no encontrando más que suciedad y polvo. Bajó después al primer piso, recorriendo una a una las habitaciones, que estaban, aproximadamente, en el mismo estado que la parte superior del edificio que acababa de recorrer.

Lo esperaba.

Sabía que lo importante se encontraba en el sótano.

Y descendió a la planta primera, viendo que allí había algunos muebles, tan abandonados y sucios como el resto de la casa, lo que demostraba palpablemente que no debía utilizarse el edificio como vivienda hacía muchísimos años.

Tuvo que buscar durante un buen rato la entrada del sótano, hallándola finalmente en el lugar inesperado: en el interior de un cuarto trasero. Vio en seguida que aquella trampilla, así como la escalera que conducía al interior de la tierra, eran de reciente construcción, lo que parecía demostrar que la antigua había sido cegada.

Sonrió.

Descendiendo con sumo cuidado, llegó hasta el lugar que había visto desde el exterior la vez anterior. Allí estaban las máquinas, rotas, medio desmontadas, que le habían explicado tantísimas cosas.

La estancia a la que había desembocado era amplia y correspondía exactamente a la dimensión normal que debía tener el antiguo sótano, de la casa. Tres ventanas, cerradas con gruesos barrotes, daban al exterior. Descubrió entonces la puerta del fondo.

Allí empezaba, sin duda alguna, la parte nueva, excavada recientemente, y donde debía encontrarse la respuesta final.

Acercóse.

La puerta estaba cerrada, pero aquello no arredró al jefe de la SIP, que era un verdadero especialista en cerraduras. No tardó, en efecto, más de un par de minutos en abrirla.

Pero al hacerlo frunció el entrecejo.

La puerta, después de todo, se había abierto «con demasiada facilidad».

Sacando la pistola que Huston le había prestado, Callowan avanzó, prevenido, orientándose con la linterna, hasta que encontró el conmutador de la luz.

Lo hizo girar.

De momento le pareció encontrarse en una especie de bodega: infinidad de frascos ocupaban innumerables estantes a lo largo de la pared. Y había otros intermedios, lo que formaba una serie de complicados y estrechos pasillos.

Acercándose a uno de los estantes, Donald examinó, sin tocarlos, los frascos, frunciendo el ceño como si meditase profundamente.

Aquellos pocos segundos le fueron fatales.

— ¡No te muevas, curioso! —la voz, conocida, estalló a su espalda, haciendo inútil todo intento, ya que otra voz, igualmente conocida, le gritó ásperamente a su izquierda:

— ¡Tira la pistola, polizonte!

No tuvo más remedio que obedecer.

— ¡Vuélvete y sube las manos!

Lo hizo.

Gallo estaba justo detrás de él. Y la masa maciza de Lee apareció en aquel momento en uno de los pasillos que formaban entre sí las estanterías.

El rostro de los dos bandidos expresaba una cruel alegría.

— ¿Creías que ibas a engañarnos, amiguito? —inquirió, con voz burlona Gallo, que no podía contener más sus ganas de hablar —.

El otro día, cuando me seguiste, no me di cuenta hasta que te vi acercarte a la casa. Entonces comprendí que, volverías. El jefe también estaba seguro de ello y por eso hemos tomado ciertas medidas...

Lee lanzó una carcajada.

— ¡No temas, «poli»!— dijo, después —. No pensamos divertimos contigo de la misma manera que el otro día. Y hablando de todo, ¿qué tal te va la espalda, hijo de puerco?

Donald no contestó.

— ¡Fíjate, Lewis! —Siguió diciendo el otro—. Sé cree tan duro que se permite el lujo de cerrar la boca... ¡Nos desprecia! Naturalmente... todo un jefe de policía y nosotros dos pobres tipos..., ¿no es verdad, pies planos?

— ¡Déjale!— intervino Gallo —. Se ha tomado en, serio su papel de jefe de la SIP y quiere demostrarnos que no tiene miedo.

— ¡Veremos dentro de un poco!

—Regístrale, antes de atarle y coge sus cigarros puros.

Callowan frunció el ceño.

¿Sus habanos?

¿Para qué demonios querían los cigarros aquellos granujas si no era para repetir la tortura de la otra vez?

Sin embargo, habían dicho que no iban a hacer lo mismo.

No había más que mirar el rostro afilado de Gallo, sus ojos crueles, y la cara bestial y primitiva de Lee para estremecerse sólo ante la idea de lo que podía haberseles ocurrido.

Desde luego, Callowan, fuera como fuese, no iba a pasarlo demasiado bien.

Tanteó sus posibilidades, sopesando por unos instantes, el lanzarse a la lucha, terminando todo aquello como fuese, antes de que los bandidos se saliesen con la suya,

Pero estaba seguro de que si intentaba algo terminaría con las tripas llenas de balas. Y, por el momento, no convenía precipitar los acontecimientos. El chófer, después de todo, avisaría a la policía... si es que tenía tiempo.

Pareció como si Lewis hubiese leído sus pensamientos.

—No confíes demasiado en ese chófer... Lo tenemos atado ahí afuera y lo traeremos para que se divierta un poco contigo.

Soltó una carcajada.

Mientras, Lee se había acercado y lo ató, de la misma manera que la otra vez, demostrando que sabía hacerlo. Lo registró después, pasando el estuche de habanos a Lewis, que lo contempló, con una

malévola sonrisa en los labios.

Callowan miró el estuche, diciéndose, tristemente, que aquélla era la segunda vez que los habanos le iban a jugar una mala partida, ya que hablan servido, primero, para quemarle la espalda. Y no sabía para qué serían utilizados ahora...

Volvieron poco después, trasladando al pobre chófer, que miró a Callowan como si deseara excusarse de su torpeza.

—Lo lamento, señor..., pero estaba seguro de que no nos habían visto.

Donald sonrió.

—No te preocupes — repuso—. Nos esperaban ya... La culpa ha sido sólo mía.

— ¡Basta de charla! —gruñó Lee, dando una patada al chófer—. Tiempo tendréis de hablar...

—Prepara la mordaza —> dijo Lewis.

El gorila obedeció.

Acercándose a Callowan, le colocó un pañuelo sobre la boca, reforzándolo con unos trozos de esparadrapo. El pañuelo tenía un orificio enfrente de la boca. Y allí colocó Lewis, momentos más tarde, uno de los habanos, sin dejar de sonreír.

— ¿Te gustan los cigarros puros, eh polizante? ¡Éste es el último que vas a fumarte! — señalando las estanterías continuó —: ahí tienes lo que buscabas. En cuanto se produzca una chispa especial, arderá todo como si fuese celuloide... ¡y vosotros también!

Donald no dijo nada.

Entre tanto, Gallo había sacado una especie de minúscula, pistola, con un largo cañón, muy delgado. Se la mostró al jefe de la SIP.

—Ahora ya puedo explicarte algunas cosas, puesto que te llevarás todo a los infiernos. Esto es un mechero especial, que produce una chispa de una clase particular, la única que provoca el incendio de esos polvos que hay en los frascos. Ninguna otra llama puede hacerles arder, aunque hicieses una hoguera aquí dentro, no pasaría absolutamente nada...

»Pero basta que una de estas chispas salga al aire para que todo comience a arder como si se tratase de teas. Ahora voy a encender tu habano y colocártelo en la boca. Ya sé que intentarás respirar por las narices, pero llegará un momento en que no puedas hacerlo y tendrás que hacerlo a través del puro... Mira.

Introdujo el agudo cañón de aquella especie de pistola en el puro y oprimió el gatillo.

—La chispa — explicó — está ahora ahí dentro. Y no saldrá hasta

que el fuego la libere. Voy a encenderlo...

Lo hizo, con su propia boca. La llama del mechero consumió el extremo del habano, sin que nada extraño ocurriese.

Una vez encendido, Lewis colocó el cigarro en la boca de Callowan, sujetándolo al pañuelo con unas tiras de esparadrapo. Donald no podía expulsarlo de sus labios de modo alguno.

El chófer había abierto los ojos.

—Debías atar al otro a uno de los estantes y a éste también — dijo el gorila.

— ¿Para qué?

—Para evitar que se acerquen el uno al otro y puedan quitarse el puro de la boca del polizonte.

— ¡Tienes razón! No había caído en ello.

Los separaron unos tres metros, sujetándolos a los estantes.

— ¡Hasta nunca, jefe de la SIP! ¡Buena acogida en el infierno! ¡Vamos, Lee! —dijo finalmente Gallo.

—Sí.

Salieron.

Callowan miró al chófer.

El pobre muchacho tenía la frente empapada de sudor y miraba, con los ojos desorbitados, el habano que Donald tenía en la boca. El jefe de la SIP estaba respirando por la nariz, cada vez con mayor dificultad, sabiendo que no podría prolongar mucho aquel suplicio, ya que el humo del cigarro había empezado por irritarle la garganta, que ya le picaba mucho. Cuando el picor fuera intolerable, se vería obligado a rechazar el humo, aumentando la combustión del habano y haciendo que la llama avanzase hacia la fatal chispa.

— ¡Resista cuanto pueda, señor! — rogó el aterrorizado chófer —. ¡No podemos morir de una manera tan horrible!

Y contempló, horrorizado, la enorme cantidad de frascos que había en las estanterías.

Luego miró a Callowan.

Justo en el momento en que éste, sin poder resistir más, hacía que el habano despidiese una densa columna de humo.

— ¡No, señor, no!

A Callowan le hubiese gustado poder hacer algo por aquel pobre muchacho que, después de todo, no tenía la culpa de nada y había sido arrastrado a la aventura por su culpa.

Pero no podía hacer nada. Nada.

Intentó resistir por segunda vez el humo que parecía rascarle la garganta; pero no tuvo más remedio que expulsarlo, preguntándose, con angustia, en qué momento se liberaría la fatal chispa que Lewis había colocado en el interior del habano...

* * *

Arrastrado por la mano firme de Karen, Huston siguió a la joven, que hizo una indicación a un taxi, el único que había en una parada, ya fuera del barrio sur.

Dio una dirección al adormilado chófer, rogándole que fuera aprisa.

— ¡Siempre ocurre lo mismo! —gruñó el conductor—. Me paso tres horas esperando para que luego me digan de correr como un loco.

— ¡Soy de la policía! ¡Obedezca! —intervino Carl Huston.

— ¡Lo que me faltaba! —exclamó el hombre—. ¡Prisa y encima sin cobrar!

—Cobraré usted — replicó la muchacha —. Y le prometo cien créditos si va verdaderamente aprisa.

Aquello convenció al chófer mucho más que las palabras de Huston. Y apretando el acelerador a fondo, tardó poquísimos minutos en llegar a la dirección que la joven le había dado.

Era una casita aislada, al final de la Calle Walter, rodeada de un jardín frondoso y bien cuidado.

— ¡Espere aquí!

Bajaron y ella sacó una llave, abriendo la verja para, después de atravesar el jardín, abrir la otra puerta, la de la casa, penetrando en el interior.

La mansión estaba ricamente amueblada y ofrecía un conjunto lujoso y cómodo. Después de encender todas las luces, la muchacha se volvió a Carl.

—Vamos arriba.

Él notó que la joven temblaba como si padeciese una extraña fiebre. Una vez en el piso superior, recorrieron un pasillo, alfombrado y con las paredes cubiertas de valiosos lienzos, hasta detenerse ante la puerta del fondo.

Ella sacó una nueva llave, haciéndola girar en la cerradura.

Luego dio la luz.

La habitación era mucho menos elegante que las anteriores; en realidad, además del armario empotrado, que estaba parcialmente

abierto, sólo había una cama, una mesilla de noche y un sillón.

Un hombre estaba echado, vestido, en la cama.

Siguiendo a Karen, Huston penetró, a su vez, en la estancia mirando al hombre al que el ruido de la puerta había hecho incorporar, terminando por sentarse en el borde del lecho.

Había una tristeza infinita en sus ojos, como si hubiera perdido todas las esperanzas y le fuese todo totalmente indiferente. Pero cuando miró a la joven, un brillo nuevo se estableció en sus ojos y sus labios empezaron a temblar como si quisiera hablar, aunque no dijo nada.

Ella le miraba también.

Y de repente, sin poderse dominar, lanzóse a sus brazos, mientras una exclamación, inaudita para Huston, brotaba de sus labios:

— ¡Padre!

El viejo se estremeció.

Y Carl, sin comprender aún nada, se quedó parado, justo cuando una voz desagradable se dejó oír a sus espaldas:

— ¡Una reunión muy interesante! ¡De veras! Huston se volvió y la joven hizo lo mismo.

Había, un hombre, elegantemente vestido, en el dintel de la puerta, sonriente y afable.

Pero su mano derecha empuñaba fuertemente una pistola cuyo cañón cubría la escena.

CAPÍTULO X



UNCA había visto Callowan una expresión de terror tan crudamente expresada, tan al desnudo, como la que había en el rostro del desdichado chófer.

Con los ojos clavados, como por un efecto hipnótico, en el habano que el jefe de la SIP tenía en los labios, el hombre estaba sufriendo lo indecible, sabiendo que, de un momento a otro, la maldita chispa que Lewis había colocado en el interior del cigarro haría saltar, en una llamarada atroz, el polvo que contenían los frascos, varios de ellos abiertos por los bandidos antes de abandonar el sótano de la casa.

También sufría Callowan.

Y no era por el temor de acabar allí, como todo indicaba que iba a suceder, sino por la estúpida mala suerte que había tenido, por la vida de aquel desdichado, al que había arrastrado con él y, también, por el futuro de la SIP, aunque confiaba que Pat Sullivan sabría llevar a la realidad todo lo que habían soñado juntos.

Era la cuarta vez que había expulsado, a la fuerza, el humo del habano, y el cigarro se había consumido en una buena tercera parte. La chispa debía encontrarse cerca y nada podía hacerse para evitar que estableciese contacto con las sustancias inflamables de los frascos.

Los minutos le parecían a Callowan largos, como siglos.

Tenía la garganta irritada; además, el esparadrapo y el pañuelo le habían hecho difícil la respiración desde el principio y sentía que, cada minuto que pasaba, se vería obligado a expulsar más y más humo, acelerando fatalmente la combustión del habano.

«Si salgo de ésta — pensó —, cosa de la que dudo muchísimo, jamás fumaré un habano durante el servicio, lo haga yo o lo haga otro: lo prometo solemnemente...»

Dos disgustos seguidos le habían dado sus famosos cigarros puros, ya que además de la difícil situación en la que se encontraba en aquellos momentos, llevaba en la espalda las cicatrices que sus propios habanos le habían causado...

Su mente seguía buscando una solución. Hombre lleno de voluntad y de coraje, no se dejaba llevar, como el otro, por la desesperación. Y así, cuando la idea apareció por primera vez en su cerebro, la examinó, antes de ponerla en práctica, pensando que no podía permitirse la menor equivocación.

Pero cuando llegó a la conclusión de que tal idea era factible, ganas tuvo de tratarse de imbécil por no haber pensado antes en ello.

¿Cómo no se le había ocurrido utilizar sus dientes?

Sin embargo, ningún fumador de habano puede prescindir de cortar el cigarro antes de encenderlo, haciéndolo casi siempre, de una dentellada. Y ahora, cuando el cigarro le molestaba, la solución era casi perfecta, ya que cortándolo y si hiciera falta masticándolo, podría separar su boca de él, esperando que se apagase.

Lo mordió, con saña.

Los resultados fueron mayores de los que esperaba, ya que al masticar el trozo que había arrancado, también arrastró, con los dientes, uno de los trozos de esparadrapo que estaba junto al orificio del pañuelo, lo que tuvo por finalidad la de no sólo hacer caer el habano al suelo, sino el de ampliar el orificio, permitiéndole aspirar una bocanada de aire puro.

— ¡Lo ha conseguido, señor!

Callowan no contestó al chófer.

Su atención estaba ahora concentrada en el habano, que había caído a su lado, preguntándose, por un lado, si lo que había hecho sería inútil. Y por otro, si no podía utilizar el extremo ígneo del cigarro para quemar las ligaduras que le unían las manos por detrás.

Torcióse, acercando las muñecas. Y sin temor, importándole un bledo las quemaduras que debería sufrir, pegó las cuerdas a la punta del habano, sintiendo inmediatamente una fuerte sensación de calor.

No podía esperar, y lo sabía, que el tenue fuego del cigarro quemase la totalidad de las cuerdas; por eso, pensando que debería poner también de su parte, tiró, con todas sus fuerzas, consiguiendo desbaratar uno de los nudos, afectado ya por el fuego de la ardiente ceniza.

¡Lo había logrado!

El resto, hasta estar completamente desatado, no le llevó más de un par de minutos.

Miró el cigarro, viendo que se había apagado por completo, ya que tenía la punta aplastada por la presión que había ejercido sobre ella.

Desató al chófer.

El pobre hombre tenía los ojos cubiertos de lágrimas, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de suceder.

— ¿Qué vamos a hacer ahora, señor?

—Salir de aquí. Creo que esos dos granujas no se habrán ido y no se irán hasta que estén convencidos de que hemos ardido.

Acercándose a la puerta, en el extremo del sótano y donde estaban las viejas máquinas repletas de polvo, comprobó, sin demasiada sorpresa, que la salida hacia la escalera había quedado abierta.

— ¡Ven! —dijo—. Y trae el cigarro.

El chófer, sin poder evitar un gesto de repugnancia, se agachó, tomando el habano con infinitas precauciones.

Se lo entregó a Callowan.

—Sal fuera y deja la puerta abierta. Voy a encenderlo.

Así lo hizo, lanzándolo lejos, entre los estantes donde habían estado atados momentos antes.

— ¡Vamos!

Abandonaron el sótano, subiendo las escaleras sin hacer el menor ruido.

Cuando llegaron al final, oyeron claramente las voces de los dos bandidos que, como había pensado el jefe de la SIP, debían estar esperando que el incendio se produjese.

Callowan habló en voz baja:

—No hay más remedio que esperar aquí hasta que se acerquen, cuando el incendio estalle. Habrá que golpearlos por sorpresa..., tú al delgado, yo al gordo. ¿Tienes miedo?

El chófer sonrió.

— ¡Nunca más volveré a tenerlo, señor! ¡He acabado toda mi provisión ahí abajo!

También sonrió Donald.

—Esperaremos aquí.

Pasaron unos minutos, no oyéndose más que la animada conversación de los dos bandidos, antes de que estallase un rugido feroz en el sótano. Fue como un soplido formidable, que hizo temblar las paredes de la casa.

— ¡Ya está! —gritó Lee, en la habitación del lado.

— ¡Vamos a verlo desde la escalera! —replicó Lewis —No me perdería, por nada del mundo, un espectáculo tan interesante.

Y corrieron hacia la escalera.

Callowan aplicó un golpe en la nuca de Lee, capaz de hacer caer a un buey, que quedó de rodillas, atontado. El chófer, por su lado, saltó sobre Lewis, pero Donald tuvo que ayudarlo, desarmando entonces a los dos hombres, en los que la sorpresa había obrado como un paralizante.

Los llevaron a la habitación de al lado, atándolos concienzudamente.

Lee miraba a Callowan como a algo extraordinario, ya que no podía imaginar que se hubiera escapado del sótano.

Los ojos de Gallo reflejaban un odio horrible.

Pero Donald, sin hacer caso de nada, acercóse a ellos.

—Hay que hablar aprisa, amiguitos. Si lo hacéis, iréis a la cárcel;

pero os aseguro que si os negáis a decirme lo que quiero saber, os dejaremos aquí y cuando las llamas suban...

Callóse, para dejar que oyeran el rugido del volcán que se había desencadenado abajo.

Vio palidecer a los dos hombres, comprendiendo entonces que hablarían.

Y así lo hicieron.

Poco después, empujándolos, los llevaban al coche del chófer, colocándolos en la parte posterior.

— ¿Has oído la dirección, muchacho? — inquirió Callowan, que se había sentado al lado del simpático conductor.

— ¡Desde luego! Estaremos allí en media docena de minutos.

Hizo volar, materialmente, al vehículo, que se detuvo, a una observación de Callowan, a un centenar de metros de la casa cuya dirección había sonsacado a los bandidos.

Entregó una de las pistolas al chófer.

—Cuida de éstos — le dijo, luego —. Espero que no te dejes engañar de nuevo.

El chófer exclamó:

— ¡Antes los aso a tiros!

Callowan abandonó el vehículo, penetrando en la casa, cuya puerta habían dejado entreabierta. También vio un coche elegante no lejos de allí.

Atravesando el vestíbulo y el «living», empezó a subir por las escaleras, bendiciendo la espesa alfombra que ahogaba, por completo, el ruido de sus pasos. Una, vez arriba, avanzó por el pasillo, tan quedamente como hasta entonces, teniendo la pistola fuertemente apretada entre los dedos de su mano derecha.

El hombre seguía hablando y le daba la espalda.

Pegándose a la pared del pasillo; procuró que los otros tampoco le viesen, de modo a evitar una importuna exclamación de asombro que le habría obligado a disparar. Pero no quería hacerlo.

Así llegó junto al hombre, apoyando, de repente, su pistola en la espalda del otro.

Donald ordenó:

— ¡Tire el arma y no se mueva!

El hombre obedeció.

Al volverse, cuando Callowan se lo ordenó, el jefe de la SIP comprobó que no se había equivocado.

—Es usted muy listo, señor Parson — dijo sonriendo—. Pero ya ha terminado su buena suerte...

* * *

El inspector-jefe, Dunkan, no estaba tranquilo en su asiento. Había servido el «whisky» a Callowan, le había ofrecido una caja de habanos, que ahora abría el jefe de la SIP, extrayendo uno para olerlo con fruición.

—Son muy buenos. Y si los fumo ahora es porque he terminado mi misión. De aquí en adelante, haré siempre igual. No quiero que mis habanos den ideas malas a los malhechores para que las pongan en práctica sobre mi persona.

—No sé qué decir... — murmuró el otro.

—No se preocupe, Dunkan. Su actitud era normal, pero tendrá que ir acostumbrándose a colaborar con los hombres de la Spacial International Police.

— ¡Desde luego! Sabe que me tiene, por entero, a su disposición.

—Gracias.

Hubo una pausa.

— ¿Cómo llegó a la solución, señor Callowan? — preguntó Dunkan, con un brillo de sincera admiración en los ojos.

Donald explicó:

—Fue un poco de suerte, amigo mío. El encontrar al profesor no me hubiera hecho sospechar nada, de no ser por la brutal reacción de los bandidos. Aquello me hizo pensar. Porque ellos estaban completamente tranquilos y podían permitirse el lujo de dejar a Zoller que siguiera bebiendo en el «Chez Vous».

»¿Quién iba a creer que aquel viejo, medio alcoholizado, era el responsable indirecto de lo que ocurría? ¡Nadie! Pero fue él quien puso en marcha el delicado mecanismo de los, «pirógenos». Ya sabe usted que se trataba de una nueva sustancia, en polvo casi invisible, tremendamente inflamable.

«Espolvoreando cualquier objeto, nadie podía darse cuenta de la existencia de la sustancia. Otra de las particularidades del invento del profesor Zoller era que esa sustancia no ardía más que al contacto de una chispa especial, evitando así que otra fuente de calor pudiera provocar el incendio,

»Así obraron en el caso de los trajes de Robert Warren, así hicieron arder al infortunado Robinson y del mismo modo provocaron el incendio de las mesas del salón Smith.

Dunkan preguntó:

— ¿Y lo del periódico?

—Fue una farsa, ya que el culpable, el jefe de la banda, era, como ya sabe usted, Anthony Parson. Fue él, al asistir al baile de sociedad, quien incendió los trajes; fue él, otra vez, quien mató a Robinson en el Club... En realidad, la minúscula pistola que producía las llamas especiales podía manejarse, teniéndola en la mano, sin que nadie se diese cuenta.

Hizo una pausa; luego continuó su relato:

—La historia empezó hace años, cuando el profesor llegó aquí, escapando a la vergüenza de su expulsión de la Universidad. Zoller era un hombre acabado, sin memoria, reducido a un estado miserable, pero no dejaba por eso de ser uno de los mejores físicos que hemos tenido.

»Debió ser por azar que Parson lo descubrió, queriendo sin duda hacer unos artículos sensacionales sobre él. Fue entonces, al preparar la información, cuando se enteró que la esposa de Zoller había muerto en la Tierra y que su hija Karen había quedado abandonada.

»Trajo la pequeña, que entonces tenía once años, a Marte, pensando que podría utilizarla como móvil del chantaje que pensaba hacer a Zoller. Y eso hizo, amenazando al profesor con su hija y obligándole a que le preparase los famosos «pirógenos».

— ¿Cree que la idea salió de Anthony?

—No. Debió ser el profesor quien la dio, preocupado por el futuro de su pequeña Karen. Pero el mérito es de Parson al imaginar en seguida una combinación que iba a hacer de él un hombre poderoso y rico.

»Anthony era un amargado porque su negocio editorial iba de mal en peor. Además, sus reuniones en el Club le hacían morir de envidia, al ver que sus amigos prosperaban a ojos vistas, mientras él no conseguía salir de una posición mediocre y cargada de deudas.

»Cuando puso en marcha su horrible maquinación, ganó el dinero a montones y hasta se permitió incendiar el edificio del periódico, ya que nada perdía con ello, alejando, al mismo tiempo, las sospechas que hubieran podido recaer sobre él si la banda no se hubiera vengado de los insultantes artículos que escribía.

—Lo comprendo perfectamente. ¿Y el caso de Thomas Miller, el hombre al que nosotros matamos?

—Miller, según han confesado sus compañeros, se había enamorado de Karen. Ante el peligro que el amor por la muchacha le hiciese volverse contra él, Anthony le drogó, lanzándolo contra ustedes, sabiendo que al defenderse sería muerto...

—Entiendo.

—Hay algo que no sabe usted aún.

— ¿El qué?

—Karen, que fue creciendo retirada de su padre, ignoró durante mucho tiempo que el profesor fuera su verdadero padre. Y fue Miller, precisamente, quien se lo dijo. Por eso, entre otras cosas, pagó su confesión con la vida.

Dunkan preguntó:

— ¿Cuál fue la actitud de Parson a partir de aquel momento?

—Dijo a Karen que si se acercaba a su padre, lo mataría. E hizo la misma advertencia al profesor. Temerosos ambos, no podían hacer más que obedecer las instrucciones del director del «Planeta Mirror».

Un nuevo silencio.

— ¿Se lo va usted a llevar, con los otros, a la Tierra? —inquirió Dunkan.

—No.

— ¿Eh? —se asombró el policía.

Donald dijo:

—No, amigo -mío. Quiero que, esta vez, todo el honor caiga sobre ustedes, los de la Policía Local.

Y aún hay algo más.

— ¿El qué?

—Deseo que diga usted que la labor más intensa en este trabajo la ha llevado el agente a sus órdenes, Carl Huston. Va a casarse y necesita un ascenso y un puesto de verdadero policía...—sonrió—. Quería hacerse de la SIP y yo lo hubiese admitido; pero, desde que la Spacial International Police se ha fundado, uno de los estatutos dice, seriamente, que no hay sitio entre nosotros para hombres casados.

—Y es natural.

—Bien — dijo Callowan, poniéndose en pie —. Ya no tengo más que hacer aquí. Mis muchachos me esperan en la Escuela, ¡Estoy deseando, que la Primera Promoción salga a luchar por la Ley!

—Triunfarán; no lo dudo. Además, después de pedirle perdón, le aseguro que en Marte, serán siempre bien recibidos y atendidos como se merecen.

Callowan dijo:

—Agradecido.

Se estrecharon la mano.

Y cuando Callowan hubo salido, Dunkan fue a la ventana,

viéndole atravesar la calle. No pudo por menos de sonreír, confesándose, con sinceridad, que había tenido la suerte de conocer a un hombre.

Uno de verdad. En todos los sentidos.





**¡LA RISA TONIFICA,
pero,
LA SONRISA
ENGENDRA
OPTIMISMO!**

EL BEBE Y EL ACORAZADO

La original novela de ANTHONY THORNE ha cobrado vida cinematográfica, animada en los principales personajes por JOHN MILLS, RICHARD ATTENBOROUGH, LISA GASTONI... y un rollizo y simpático BEBÉ de seis meses.

EL BEBE Y EL ACORAZADO

Cáustica muestra del humor inglés, salpicada a trechos con las más brillante e intencionada chispa latina, será publicada próximamente, por

EDICIONES TORAY, S. A.

¡un ramillete de sonrisas de
ternura y de regocijantes
situaciones!

UN REGALO DE HORAS FELICES

GENTE ALEGRE

Del gran escritor americano

ROBERT TALLANT

La absurda y un tanto obesa señora Candy, el tímido e Inocente señor Petit, los turbulentos Blanche y Eddie y el imponderable fantasma del señor Candy son personajes que bajo el irisado prisma de un humor brillante y efectivo, desfilarán para usted en las alegres páginas de este magnífico volumen.

ASÍ QUE LO HAYA USTED LEIDO, LA VIDA LE PARECERA MAS ALEGRE. EL CIELO MAS AZUL, LAS FLORES MÁS FRAGRANTES Y SU VECINA MAS GUAPA.

No importa que ría usted con risa de conejo...

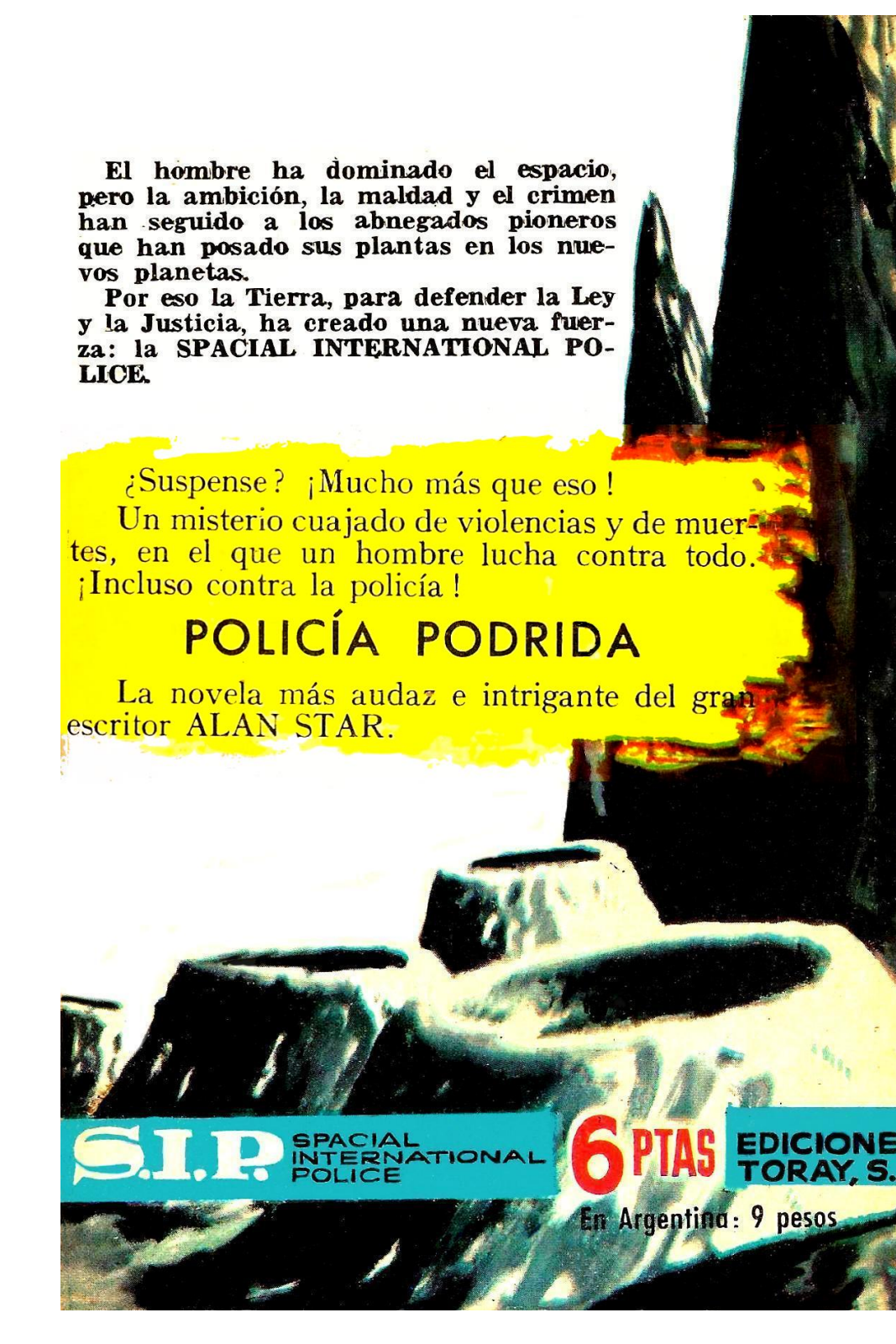
SI SE RIE USTED CON ESTE DIVERTIDO LIBRO... ¡TODAS LAS RISAS SON BUENAS!

Precio: 60'— ptas.

Es una selección literaria de
EDICIONES TORAY, S. A.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 21.— La banda del cerebro.— *W. Sampas*
- 22.— Sindicato de bandidos.— *W. Sampas*
- 23.— Agente espacial.— *Alan Star*
- 24.— Asalto al heliexpreso.— *W. Sampas*
- 25.— Primera misión.— *W. Sampas*
- 26.— ¡Miedo en la SIP!— *Alan Comet*
- 27.— Fábrica de asesinos.— *W. Sampas*
- 28.— Virus mortal.— *Alan Star*
- 29.— Prueba de sangre.— *W. Sampas*
- 30.— Ídolos de barro.— *Alan Star*
- 31.— Hermandad negra.— *Johnny Garland*
- 32.— Tongo, ciudad podrida.— *W. Sampas*
- 33.— Emisión de muerte.— *W. Sampas*
- 34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
- 35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
- 36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
- 37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
- 38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
- 39.— ¡Muerte fosforescente!— *Johnny Garland*
- 40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
- 42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
- 43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
- 44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Suspense? ¡Mucho más que eso !

Un misterio cuajado de violencias y de muertes, en el que un hombre lucha contra todo. ¡Incluso contra la policía !

POLICÍA PODRIDA

La novela más audaz e intrigante del gran escritor ALAN STAR.

S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

6 PTAS

**EDICIONE
TORAY, S.**

En Argentina: 9 pesos

Notes

[[←1](#)]

SIP CENTRAL. Archivos Generales; páginas 208 y siguientes.

[←2]

No olviden los lectores que el Donald Callowan que ya conocen es un hombre de unos cincuenta años y que el de esta aventura era el jefe de la SIP, veinte años antes, cuando sólo Pat Sullivan y él formaban el núcleo de la entonces desconocida Spacial International Police.

[←3]

Todos los lectores de la SIP saben que, en la actualidad, los agentes llevan grabada en el pecho, merced a un curioso procedimiento inventado por Pat Sullivan, el jefe médico del servicio, su carta de identidad, de modo a poder identificarlos, incluso si han sido asesinados y aunque su cuerpo se encuentre en avanzado estado de descomposición. No hay, por lo tanto, escapatoria posible para los que cometen el error de atentar contra la vida de un nombre de la SIP. ¡Nunca escapan!

De todos los choques que la SIP tuvo con la policía, ninguno tan violento y salvaje como el que se produjo unos treinta años después de esta historia. Callowan no sabía entonces lo que le esperaba, tres decenios después, cuando la SIP Se encontró en Venusville, la floreciente ciudad de Venus, con cinco millones de habitantes, con una organización legal, tan enteramente vendida, que mereció el fascinante título de «POLICÍA PODRIDA», título que es el de nuestro próximo número.